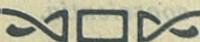


Boletín Salesiano

REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

Año XXXVIII — N. 4.

Abril 1923



Sumario. — *Carta Encíclica de Su Santidad Pio XI sobre el III Centenario de la muerte de San Francisco de Sales.* — *Figuras de Misioneros Salesianos: El Cardenal Cagliero.* — *Cómo se alcanzan gracias de María Auxiliadora.* — *Solemne recibimiento en Manila, Filipinas, al Delegado Apostólico Mons. Piani.* — *De nuestras Misiones: Camino del Assam.* - *Episodios de las Misiones.* — *Culto de María Auxiliadora - Gracias de María Auxiliadora.* — *Entusiasta recibimiento de Mons. Augusto Hlond en Katowice, Alta Silesia.* — *Por el mundo Salesiano.* — *Los que mueren.*



Los Salesianos en la Misión del Assam (India).

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo N. 32 - TURIN. 9 (Italia).

LUIS PISCETTA y ANDRÉS GENNARO

SACERDOTES SALESIANOS

THEOLOGIAE MORALIS ELEMENTA
AD CODICEM JURIS CANONICI EXACTA

VOLUMEN PRIMUM: De Theologiae Moralis Fundamentis

1) *De actibus humanis.* — 2) *De conscientia.* — 3) *De legibus.* — 4) *De peccatis.*

405 páginas. Precio: 15 liras: Franco de porte: 18 liras.

VOLUMEN SECUNDUM: De obligationibus erga Deum et nos ipsos

1) *De virtutibus theologicis.* — 2) *De virtute religionis.*
3) *De prudentia, fortitudine et temperantia.*

636 páginas. Precio: 20 liras: Franco de porte: 24 liras.

La Obra se halla dividida en siete volúmenes, de los cuales se ha publicado solamente el primero.

Abarca dicho volumen los tratados fundamentales de la teología moral, a saber: *De actibus humanis, De conscientia, De Legibus, De peccatis.* Precede a cada tratado un esquema o cuadro breve de todo él. Hállase dividida la materia en cuestiones, capítulos, artículos, títulos y subtítulos, de manera tan clara, que halla el lector en la misma división un medio eficazísimo para facilitar la inteligencia del texto.

Tocante a la substancia del mismo, bastará solamente recordar la competencia del Doctor Luis Piscetta, cultivador insigne de las ciencias morales y del derecho canónico, decano de la Facultad teológica de Turín, y, por espacio de cuarenta años, profesor de Teología moral en el Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Turín.

Su colaborador Don Andrés Gennaro, Doctor en teología, enseña desde hace muchos años teología moral en el Colegio internacional de estudios teológicos de la Pía Sociedad Salesiana.

No contentos los autores con una simple exposición de teorías y opiniones han querido tratar la materia, con profusión de discusiones, y profundidad de argumentos, teniendo para ello en cuenta los resultados científicos más modernos. De ese modo ofrecen a los estudiosos la manera de conocer a fondo una materia importantísima para ejercer con acierto el ministerio sacerdotal.

Hállase el texto precedido de una lista muy extensa de proposiciones condenadas, cada una de las cuales lleva al margen la cita correspondiente al número en que se hallan inscritas en el *Enchiridion Symbolorum* etc. de Denzinger. A dicho elenco sigue un índice de escritores de ciencias morales y disciplinas afines. Son al pie de seiscientos los autores, y pasan de mil las obras citadas. Es una de las bibliografías más completas, fruto del examen directo de muchas obras, y de la clásica

de Hurter, titulada *Nomenclator litterarius recensionis theologiae Catholicae*, y comprobada con excelentes resúmenes de Gandé, Genicot y Lehmkul.

Por último, cierran el texto dos copiosísimos índices. El primero es un *Summario* de más de cuarenta páginas, que, conservando la división en capítulos y artículos de los diversos tratados, compendia toda la sustancia de los mismos. Es una novedad que satisface al lector, que halla en dicho sumario un medio práctico y sencillo para refrescar con poco trabajo la materia una vez aprendida.

El segundo es el acostumbrado índice alfabético, que facilita muchísimo el encontrar las materias que el lector quisiera tener presentes en el momento en que las necesite.

La buena acogida que ha merecido el primer volumen por cuantos se interesan por la moral católica y desean ver establecido su imperio en las ciencias, ha movido a la Sociedad Editora a dar a luz el segundo volumen, que en nada desmerece del primero. Los placentes recibidos de cuantos lo conocen, abonan la satisfacción de los que siguen el desarrollo de la obra.

Los volúmenes restantes saldrán con breves intervalos, distribuidos en la siguiente forma:

VOL. III. — DE OBLIGATIONIBUS ERGA PROXIMUM: (1º *De iustitia et jure*; 2º *De iniuriis et restitutione*; 3º *De contractibus*).

VOL. IV. — DE OBLIGATIONIBUS PECUNIARIIS ET DE POENIS ECCLESIASTICIS.

VOL. V. — DE SACRAMENTIS IN GENERE ET DE QUINQUE PRIMIS SACRAMENTIS IN SPECIE (1º *De Sacramentis in genere*; 2º *De Baptismo*; 3º *De Confirmatione*; 4º *De Eucharistia*; 5º *De Poenitentia*; 6º *De Extrema Untione*).

VOL. VI. — DE ORDINE ET DE MATRIMONIO.

VOL. VII. — DE SEXTO ET NONO PRAECEPTO DECALOGI: DE USU MATRIMONII ET DE RATIONE SERVANDA IN SACRAMENTORUM ADMINISTRATIONE.

BOLETÍN SALESIANO

REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo, N. 32 - TURIN (Italia)

CARTA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD PÍO XI

sobre el III Centenario de la muerte de S. Francisco de Sales.

Venerables hermanos:

Salud y apostólica bendición.

Examinando en nuestra reciente Encíclica el desorden en que anda sumergido hoy el mundo para aplicar el remedio oportuno a tanto mal, destacamos la raíz en el alma misma de los hombres y la única esperanza de sanar en el recurso a la obra del Divino Médico Nuestro Señor Jesucristo, por medio de la Santa Iglesia. Se trata de imponer un límite al desenfreno de las codicias, primer origen de las guerras y de las contiendas, que igual rompe los vínculos sociales que las relaciones internacionales; de apartar de los bienes transitorios de aquí abajo las miras de los individuos, para enderezarlas a los bienes imperecederos tenidos en poco por la mayor parte de los hombres. Si todos se propusieran atenerse fielmente a su deber, pronto se verificaría el mejoramiento de la sociedad. Tal es el punto a que tiende la Iglesia con su Magisterio y su Ministerio; es decir, a instruir a los hombres con la predicación de la verdad, divinamente revelada, y a santificarlos con la preciosa infusión de la gracia divina, preparando de tal manera el camino para volver a la primitiva prosperidad a esta sociedad civil formada un día por aquella gracia, según el espíritu cristiano, siempre que la ve alejarse del recto camino.

A tal obra de santificación común atiende la Iglesia con la mayor eficacia, proponiendo por concesión benigna del Señor, a la imitación de los fieles, ya uno u otro de sus hijos más queridos, que salieron victoriosos en la enseñanza del ejercicio de todas las virtudes. Y esto lo hace según su índole propia, pues fué constituída por Jesucristo su fundador, santa en sí misma y fuente de santidad; al par que cuantos se

entregan a la guía de su magisterio deben, por voluntad de Dios, tender vigorosamente a la santidad de la vida. Esta es la voluntad de Dios, dice San Pablo, vuestra santificación; y cuál deba ser esta santificación lo declaró el mismo Señor diciendo: « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto ». Ni se crea que la invitación está dirigida solamente a algunas pocas almas privilegiadas y que los demás puedan contentarse con un grado inferior de virtud. Al contrario, como se deduce de las palabras, la ley es universal y no admite excepción; además aquella multitud de almas de toda clase y edad que, como atestigua la Historia, llegan a la cumbre de la perfección cristiana sintieron las mismas flaquezas de nuestra naturaleza y debieron vencer los mismos peligros. Tanto es así, como dice muy bien San Agustín, que Dios no manda lo imposible, mas cuando manda aconseja hacer lo que se puede y pedir lo que no se puede.

Todos pueden santificarse.

Ahora bien, venerables hermanos, la solemne conmemoración celebrada el año pasado del tercer centenario de la canonización de los cinco grandes santos: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Felipe Neri, Teresa de Jesús e Isidro Labrador, favoreció no poco a hacer ferviente en los fieles el amor a la vida cristiana, y ahora se celebra felizmente el tercer centenario de la muerte de otro gran Santo, que resplandeció no sólo con la excelencia de las virtudes por él mismo ejercitadas, sino también por la pericia en guiar las almas a la escuela de la santidad. Nos referimos a San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y doctor de la Iglesia, que como aquellas lumbreras de perfección y sabiduría

cristiana, antes mencionadas, pareció como enviado de Dios para oponerse a la herejía de la Reforma, origen de aquella apostasía de la sociedad para con la Iglesia, cuyos dolorosos y funestos efectos todo el mundo deplora. Además de esto, parece que San Francisco haya sido dado por Dios a la Iglesia con una intención particular: para desmentir el prejuicio, que desde entonces había arraigado en muchos y hoy todavía no extirpado, de que la verdadera santidad, tal como viene propuesta por la Iglesia, o no se puede conseguir ó al menos sea cosa difícil de alcanzar por la generalidad de los fieles y está reservada únicamente a algunos espíritus magnánimos; que tenga anejos tantos fastidios y tantas molestias que no puedan adaptarse a ellas sino los que viven en el claustro. Por esto nuestro venerado antecesor Benedicto XV, hablando de aquellos cinco Santos y haciendo relación a la próxima conmemoración de la bienaventurada muerte de San Francisco de Sales, manifestó el deseo de hablar de él en una Encíclica al mundo entero. Y Nos, muy gustoso, accedemos a este deseo como a una herencia querida recibida de nuestro antecesor, movidos además por la esperanza de que los frutos de las fiestas poco ha celebradas sean completos y coronados por los de esta nueva conmemoración.

La dulzura, virtud característica de S. Francisco.

Quien estudie atentamente la vida de San Francisco de Sales hallará que desde los primeros años fué modelo de una santidad no austera y silenciosa, sino amable y accesible a todos, pudiéndose decir con toda verdad de él que su conversación nada contiene de amargo, ni el convivir con él causa tristeza, sino alegría y gozo. Adornado de todas las virtudes, brillaba principalmente por una dulzura de ánimo tan propia suya, que podemos llamarla su virtud característica; dulzura, sin embargo, muy distinta de aquella amabilidad artificial que consiste toda en andar buscando maneras y en el desahogo de una afabilidad ceremoniosa y completamente ajena, ya de la apatía que por nada se conmueve, ya de la timidez que no se atreve a indignarse aunque sea necesario. Tal virtud, germinada en el corazón de San Francisco como fruto suavísimo de la caridad, y nutrida del espíritu de compasión y de condescendencia, templaba con su dulzura la gravedad de su aspecto y hacía agradable su voz y su gesto, conciliándose de tal manera la más afectuosa reverencia de todos. Son conocidas su facilidad en admitir y la amabilidad en recibir a cual-

quiera, pero especialmente a los pecadores y apóstatas que afluían a su casa para amistar con Dios y enmendar su vida; sus predilecciones por los pobres, por los encarcelados, que procuraba consolar con mil industrias de la caridad en sus frecuentes visitas; la gran indulgencia con que solía tratar a sus domésticos, tolerando con heróica longanimidad su pesadez y descuidos. Esta dulzura de ánimo no decreció con el variar de tiempos, personas o circunstancias, ya prósperas, ya adversas, ni jamás los herejes por mucho que le molestaran lograron que se les manifestara menos afable o accesible. Llevando un año de sacerdote nada más, sin atender a la oposición del padre, se ofreció espontáneamente a procurar la reconciliación del Chablais con la Iglesia, siendo escuchado por el Obispo Granier, de Ginebra. Fué grande el celo que demostró no rehusando ninguna fatiga ni huyendo ningún peligro, ni siquiera el de la muerte; más a fin de obtener la conversión de tantos miles de personas, más que su mucha doctrina y su vigorosa elocuencia, le valió su inalterable dulzura en el cumplimiento de los variados oficios de su sagrado ministerio. Acostumbrado a repetir aquella sentencia memorable, que los apóstoles no combaten sino con sufrimientos, ni triunfan sino con la muerte, es difícil decir con qué valor y constancia defendió la causa de Jesucristo en el Chablais. Entonces le vieron correr por hondos valles y arrastrarse por estrechas gargantas, a fin de llevar a aquellos pueblos la luz de la fe y la fortaleza de la esperanza cristiana, corriendo detrás de ellos, llamándolos a grandes voces; no darse por vencido al ser rechazado brutalmente y amenazado con volver a repetir la hazaña; expulsado de los hogares, pasar la noche entre nieve a cielo abierto; celebrar la misa cuando nadie quería intervenir; continuar la predicación aunque los creyentes se marchasen uno a uno, casi todos, sin perder nunca la serenidad de ánimo y su amable caridad hacia los ingratos, y vencer finalmente con esto la resistencia de los adversarios más obstinados. Se engañaría quien creyera que en el San Francisco no fué esto sino privilegio de una naturaleza prevenida por la gracia de Dios con las bendiciones de la dulzura, como se lee de otras almas afortunadas. Antes bien, San Francisco fué, por su misma complexión, de carácter vivo y pronto a airarse; Pero, habiéndose propuesto como modelo de imitación a Jesús, que había dicho: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón», mediante la gracia continua y la violencia que se hizo a sí mismo, supo reprimir y refrenar los movimientos del alma, de tal manera, que llegó a ser un vivo retrato del Dios de paz y de la dulzura. Esto viene

atestiguado por los médicos que, como se lee, al embalsamar ~~el~~ cadáver, hallaron su hiel como petrificada y reducida a pequenísimos pedazos, de cuyo prodigio juzgaron cuántos esfuerzos violentos le habría debido costar retener durante cincuenta años su naturaleza iracunda. Tanta dulzura fué, pues, en San Francisco, fruto de una gran fuerza de ánimo, nutrida continuamente por el vigor de la fe y el fuego de la divina caridad, así que se le puede aplicar lo que dice la Sagrada Escritura: « Del fuerte salió la dulzura ». No hay que maravillarse de que la dulzura pastoral de que estaba adornado, y que, según San Juan Crisóstomo, nada hay más violento que ella, gozase al atraer los corazones de aquella eficacia que Jesucristo prometió a los mansos: « Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra ». Cuál fuera la fortaleza de ánimo en este ejemplo de mansedumbre, se destaca claramente cuando le vemos oponiéndose a los poderosos para defender los intereses de la gloria, de la dignidad de la Iglesia y de la salvación de las almas. ~~De suerte que,~~ Cuando defendió la inmunidad de la jurisdicción eclesiástica contra el Prelado de Chambery, de quien, ~~habiendo~~ recibido una carta en ~~la~~ que se le amenazaba con quitarle una parte de sus rentas, no sólo respondió conforme a su propia dignidad al enviado, sino que ~~no desistió de pedir~~ reparación a la injuria que se le había inferido, hasta que tuvo completa satisfacción del Senado. Con igual firmeza de ánimo sostuvo la indignación del ~~Soberano~~, ante quien había sido acusado por sus hermanos injustamente; no menos vigorosamente resistió a las ~~inferencias~~ de los primates cuando se trataba de conferir beneficios eclesiásticos; de igual manera, habiendo sido inútil toda otra tentativa, condenó a los rebeldes que se habían negado a pagar ~~las decimas~~ ^{de diezmos} al ~~capítulo~~ de Ginebra. ~~Y así~~ siempre, acostumbró a echar en cara con evangélica libertad los vicios públicos y desenmascaró la hipocresía, simuladora de virtud y de piedad; y aunque muy respetuoso con los ~~soberanos~~, nunca se doblegó a lisonjear las pasiones y a condescender ~~a~~ ^{con} sus pretensiones desmedidas.

Las enseñanzas de S. Francisco de Sales.

Y ahora, venerables hermanos, pasemos a examinar el modo como San Francisco de Sales, modelo tan amable de santidad por sí mismo, mostró a los demás en sus escritos el camino seguro y fácil para su perfección cristiana, imitador en esto de Jesucristo, que comenzó a trabajar y a enseñar. Muchas son las obras que publicó con esta intención.

De estas, dos son las más conocidas: la «Filoitea» y el «Tratado del amor de Dios». En el primero, después de haber puesto en claro cuánto se aparta de la piedad genuina la dureza que aterra y descorazona en el ejercicio de la virtud, bien que él no despoje a ésta de la severidad conveniente a la morigerancia cristiana, va de propósito a demostrar como la santidad se concilia perfectamente con toda suerte de oficios y de condiciones de la vida civil, y cómo todos en el mundo pueden comportarse de modo conducente a la salvación de su alma, con tal que se mantengan inmunes del espíritu mundano.

Por tanto, aprendamos de él a hacer lo que todos comunmente hacen, con excepción, se entiende, de la culpa; pero aprendamos a hacerlo santamente y con intención de agradar a Dios, que no todos acostumbra. Además nos enseña a observar las conveniencias, llamadas por él ligero adorno de la virtud; no a destruir la naturaleza, sino a vencerla, a elevarnos poco a poco, con un esfuerzo fácil, al cielo, a manera de palomas si no se nos concede el vuelo del águila; es decir, a conseguir la santidad de la vida por un camino común cuando no somos llamados a una perfección extraordinaria, siempre con estilo digno y ligero, pero vario por la ingeniosa agudeza de pensamiento y gracia del dictado. Por ello, más agradable que cualquier lectura resultan sus enseñanzas. Después de haber expuesto cómo debemos estar lejos de la culpa, combatir las malas inclinaciones y evitar las cosas inútiles y nocivas, pasa a declarar cuáles son los ejercicios que nutren el espíritu y cuál el modo de tener el alma unida con Dios, después de lo cual inculca la elección de una virtud particular para cultivarla de propósito y constantemente, hasta haberla adquirido. Trata después de cada una de las virtudes, de la decencia, de los discursos honestos y deshonestos, de las diversiones lícitas y peligrosas, de la fidelidad a Dios, de los deberes de los esposos, de las viudas y de las vírgenes. Finalmente nos enseña a conocer y a vencer los peligros, las tentaciones y atractivos de los placeres, y a renovar todos los años y encender el fervor del espíritu con santos propósitos.

Quiera Dios que este libro, el más perfecto en su género a juicio de sus contemporáneos, pase a manos de todos, y todos lo lean; entonces la piedad cristiana volverá a florecer en todas partes y la Iglesia de Dios se alegraría de ver extenderse la santidad entre sus hijos.

De mayor importancia y relieve es el «Tratado del amor de Dios», en el cual el Santo doctor traza casi la historia del amor de Dios,

exponiendo su origen y progresos, como también las causas por que comienza a enfriarse y languidecer, enseñando después el modo de ejercitarse y prosperar en él. Cuando se presenta ocasión explícita con claridad la cuestiones más difíciles, como las referentes a la gracia eficaz, a la predestinación, a la vocación, a la fe y no áridamente, sino conforme a su ingenio fecundo y pronto, adornando el discurso con tanta placidez y al mismo tiempo suavidad de unción e ilustrándola con tanta variedad de semejanzas, ejemplos y citas, tomadas en general de la Sagrada Escritura, que parece que al escribir él, brota tanto de su mente como de su corazón y de sus más íntimas fibras.

Los mismos principios de la vida espiritual contenidos en estos dos volúmenes los desarrolló, para provecho de las almas, en el cotidiano cuidado y dirección espiritual y en sus admirables cartas. Los mismos principios los aplicó en el gobierno de las Religiosas de la Visitación, instituido por él fundado, que conserva aún fielmente su espíritu. En efecto, todo, por decirlo así, respira moderación y suavidad en esta familia religiosa, cuyo objeto es recoger las doncellas, las viudas y las madres débiles, enfermas o antes de la edad en la cuales las fuerzas del cuerpo no son iguales al fervor del espíritu. Por eso no hay aquí costumbre de largas vigilias o salmodias, ni duras penitencias y mortificaciones, sino solamente observancia de reglas tan blandas y hacederas que todas las religiosas, aun las de poca salud, puedan fácilmente cumplirlas.

Pero esta facilidad y suavidad de la observancia debe estar animada de tanto fuego de amor de Dios, que las religiosas, las cuales se vanaglorían de ser hijas de San Francisco de Sales, se distingan por la perfecta abnegación de sí mismas y por la más humilde obediencia, poniendo todo empeño, no en las virtudes aparentes, sino en las sólidas y en morir a sí mismas para vivir en Dios. ¿Y quién no reconoce en esto aquella singular mezcla de fortaleza y suavidad que se admira en el santo fundador?

Eficaz empleo de la propaganda escrita.

Aún no mentando otros muchos escritos de San Francisco, de los cuales también su celestial doctrina, regando el campo de la Iglesia como río de agua viva, corre útilmente para la salud del pueblo de Dios, no podemos omitir el libro de las « Controversias », en el cual, sin duda, se contiene una plena demostración de la fe católica. Sabido es, venerables hermanos, en qué circunstancias emprendió Francisco la misión del Chablais. Nos dice la historia que el

duque de Saboya concluyó una tregua con los berneses y ginebrinos al terminar el año 1593; parece que nada mejor hubiera contribuido a reconciliar con la Iglesia la población del Chablais como enviar celosos y doctos predicadores, para que con la persuasión los atrajesen poco a poco a la fe, y como el que se trasladó primero a esta región había desertado de su campo, porque desesperaba de la enmienda de los herejes o porque los temía, Francisco, que como se dijo, se había ofrecido para misionero al Obispo de Ginebra, en septiembre de 1594 se puso en camino y a pie, sin víveres ni provisiones, sin otra compañía que un primo suyo, y después de repetidos ayunos y oraciones a Dios, del cual solamente esperaba el éxito feliz de la empresa, hizo su entrada en la tierra de los herejes. Pero como éstos no acudían a sus sermones determinó refutar sus errores con hojas volantes, escritas de un sermón a otro, y diseminadas en tantas copias que, pasando de mano en mano, acabasen por insinuarse también entre los herejes.

Este trabajo de hojas volantes fué disminuyendo y cesó del todo cuando los habitantes comenzaron a frecuentar en gran número los sermones. Las hojas, que estaban escritas de la propia mano del Santo Doctor, y que después de su muerte se dispersaron, se reunieron mucho tiempo después en un volumen y fueron ofrecidas a nuestro predecesor Alejandro VII, el cual tuvo la suerte de inscribirlo, después de los debidos procesos, primero entre los bienaventurados y después entre los santos. Ahora bien, en estas « Controversias », aunque el Santo doctor se sirviera con abundancia del aparato polémico, digámoslo así, de los siglos precedentes, tiene, sin embargo, en la discusión una manera suya propia. En primer lugar, establece que en la Iglesia de Cristo no puede ni aun pensar una autoridad sin legítimo mandato, que les falta totalmente a los ministros del culto herético; después, mostrando sus errores en torno a la naturaleza de la Iglesia, define las notas propias de la verdadera Iglesia y hace ver que éstas se encuentran en la Iglesia católica, pero no en la reformada. Explica luego cuidadosamente las Reglas de la fe, y demuestra que los herejes las violan; en cambio, entre nosotros se observan rigurosamente, y añade, por fin, tratados especiales de los cuales no quedan sino las cuestiones sobre los Sacramentos y sobre el Purgatorio. Y son verdaderamente admirables el copioso aparato de doctrina y los argumentos sabiamente expuestos, como en falange, con los cuales combate a los adversarios y desenmascara sus mentiras y falacias, sirviéndose también con mucha gracia de una encubierta ironía.

Cómo se ha de conmemorar el centenario.

Y si alguna vez sus palabras parecen un poco fuertes, exhalan siempre, como los mismos adversarios confesaban, este soplo de caridad que era la virtud reguladora de todas sus discusiones. Hasta cuando a los hijos errantes les echa en cara su defección de la fe católica, se ve claramente que no tiene otra mira que abrirse camino para conjurarlos con más ardor, a fin de que vuelvan a la misma fe. Y también en el libro de las « Controversias » es fácil descubrir la misma expansión del ánimo y el mismo espíritu de que rebosan las obras que compuso para fomentar la piedad. El estilo es tan elegante, tan gracioso y eficaz, que los mismos ministros de la herejía solían poner en guardia a sus secuaces para que no se dejasen atraer y vencer con los halagos del misionero de Ginebra. Por lo tanto, venerables hermanos, después de estas pruebas que hemos dado de las empresas y de los escritos de Francisco de Sales, no nos resta otra cosa que exhortaros a celebrar saludablemente la centenaria memoria de él en vuestras diócesis. Porque no quisiéramos que tan solemne circunstancia se redujese a una estéril conmemoración de cosas pasadas o se limitase a pocos días; sino deseamos que en el curso de este año, hasta el 28 de diciembre, día en que voló de la tierra al cielo, procuréis con el mayor cuidado que sea posible hacer de modo que los fieles se instruyan en las virtudes y enseñanzas del Santo doctor.

Será, pues, vuestro cuidado ante todo hacer conocer al Clero y al pueblo que os ha sido confiado, las cosas que os hemos expuesto y explicárselas con toda diligencia. Porque es nuestro más vivo deseo que llaméis la atención de los fieles acerca del deber de practicar la santidad propia del estado de cada uno; pues es, desgraciadamente, grande el número de aquellos que no piensan nunca en la eternidad o descuidan enteramente cuanto se refiere a la salvación de su alma. Los hay, en efecto, que, sumergidos en los negocios, no se cuidan más que de acumular dinero, mientras su espíritu queda miserablemente vacío; otros, entregados enteramente a la satisfacción de las propias pasiones, de tal manera descendieron, que se han hecho tardos y casi incapaces de gustar lo que trasciende los sentidos; otros, finalmente, se dan a la vida política, mas de tal modo que al entregarse enteramente al gobierno de la cosa pública sólo de sí mismos se olvidan. Por lo cual, venerables hermanos, según el ejemplo de San Francisco de Sales, procurad que los fieles entiendan bien que la santidad de la vida no es privilegio de unos pocos, con exclusión de los demás, sino

que todos están llamados a ella y todos tenemos esa misma obligación; que la adquisición de las virtudes, aunque no se hace sin fatiga, la cual encuentra, sin embargo, una merecida compensación en los consuelos del alma y con la confortación de todo género que la acompaña, se hace posible, no obstante, a todos con el auxilio de la divina gracia, que a nadie se niega. Y de manera especial proponed a la imitación de los fieles la mansedumbre de Francisco, ya que esta virtud que tan bien recuerda y expresa la benignidad de Jesucristo y tiene tanta fuerza para reconciliar los ánimos, ¿no ha de conducir fácilmente, una vez que se difunda entre los hombres, a componer las diferencias públicas y privadas? ¿Y no debemos prometernos, tal vez, de la práctica de esa virtud, que con razón puede llamarse ornamento externo de la divina caridad, perfecta paz y concordia en la familia y en la sociedad misma? ¿Y no se añadirá al Apostolado, como se suele llamar, tanto de los sacerdotes como de los seglares, una fuerza poderosa cuando se ejecute con cristiana dulzura? Ved, pues, cuanto importa que el pueblo cristiano ponga mientes en los ejemplos santísimos de Francisco, con ellos se edifique y tome sus enseñanzas como regla de vida. A este efecto, apenas puede imaginarse de cuánta ayuda deben servir los libros y opúsculos ya recordados, si se difunden con la abundancia que sea posible entre el pueblo; porque estos escritos, fáciles como son de entenderse y de agradable lectura, excitarán en los ánimos de los fieles el amor de la verdadera y sólida piedad, amor que los sacerdotes lograrán cultivar con grandes éxitos y sabrán convertir en carne y sangre la doctrina de Francisco e imitar su suavísima elocuencia. A este propósito, venerables hermanos, se cuenta que nuestro predecesor Clemente VIII había anunciado ya en su tiempo cuán admirable auxilio prestarían al pueblo cristiano las palabras y escritos de Francisco. Habiendo examinado, en efecto, el Pontífice, rodeado de Cardenales y otros doctísimos personajes, la pericia de Francisco en las ciencias sagradas, cuando éste fué elegido a la dignidad episcopal, se quedó tan admirado, que, abrazándolo con gran afecto, le dijo estas palabras: « Vé, hijo mío, y bebe el agua de tu cisterna y de la superabundancia de tu pozo; extiéndanse fuera tus manantiales y distribuye por las plazas tus aguas ». Y en verdad, era tal la manera que Francisco tenía en sus sermones, que toda su predicación para la demostración del espíritu interior y la virtud, parecía ser como la que se deriva de la Sagrada Escritura y de los Padres, que no solamente se alimenta con el sólido alimento de una sagrada doctrina teológica, sino

también con la dulzura de la caridad, haciéndose más agradable y suave. Así que no es maravilla si por medio de él volvieron a la Iglesia tan gran número de herejes, y si, siguiendo su magisterio y dirección, tantos fieles en estos últimos tres siglos han llegado a un alto grado de perfección.

La obligación de los escritores católicos.

Pero quisiéramos que de estos solemnes aniversarios obtuviesen la ventaja principal todos aquellos católicos que con la publicación de periódicos o de otros escritos, ilustran, promueven o defienden la cristiana doctrina. A ellos es necesario en las discusiones imitar y mantener aquel rigor, unido a la moderación y a la caridad, que fué propio de Francisco. El, con su ejemplo, enseña claramente la conducta que ha de seguirse: que ante todo estudien con suma diligencia y en todo lo posible lleguen a poseer la doctrina católica; guárdense mucho de faltar a la verdad ni la atenuen y disimulen, so color de evitar la ofensa de los adversarios; tengan cuidado de la misma forma y elegancia en el decir y se esmeren en expresar los pensamientos con agudeza y elegancia en las palabras, de manera que los lectores se enamoren de la verdad, que si llega el caso de combatir a los adversarios sepan, sí, refutar los errores y resistir a los engaños de los perversos, pero de modo que hagan conocer cómo están animados con la rectitud, y, sobre todo, movidos por la caridad. Y puesto que no consta que San Francisco de Sales haya sido dado como patrono de los escritores católicos, con público y solemne documento de esta Apostólica Sede, Nos, tomando esta fausta ocasión con ciencia cierta y liberación madura, con nuestra apostólica autoridad damos, confirmamos y declaramos, mediante esta Carta-Encíclica, a San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y doctor de la Iglesia, celeste Patrono de todos aquéllos, no obstante cualquier cosa en contrario.

Concesión especial de gracias.

Ahora, venerables hermanos, a fin de que estas solemnidades centenarias resulten lo más espléndidas y fructuosas, conviene que a nuestros fieles no falte ninguna especie de piadosos impulsos para honrar con la debida veneración a esta gran lumbrera de la Iglesia, y purificadas las almas, con su intercesión, de los restos de toda culpa, y corroborados en la mesa divina, se encaminen fuerte y dulcemente a conseguir en breve tiempo la santidad. Procurad, pues, que en vuestras ciudades, en toda parroquia

de vuestra diócesis, durante este año hasta el 28 de diciembre, se celebre un triduo o una novena de sagradas funciones con predicación de la divina palabra, ya que importa en sumo grado que el pueblo esté bien instruido en todas aquellas verdades que con la guía de San Francisco lo levanten a más alta vida espiritual. Y del mismo modo, procuraréis conmemorar, de aquellas maneras que os parezcan más oportunas, las empresas del Santo Obispo.

Mientras tanto, para abrir en bien de las almas el tesoro de las santas indulgencias, a Nós confiado por Dios, concedemos a cuantos intervengan piadosamente en las funciones susodichas, la indulgencia de siete años y siete cuarentenas todos los días, y en el último día o en cualquiera otro, a elegir a placer de cada uno, indulgencia plenaria, que se lucrará con las acostumbradas bendiciones. No queriendo que queden sin alguna particular demostración de nuestro afecto ni el monasterio de la Visitación de Annecy, donde San Francisco reposa, ante cuyas reliquias tendremos ocasión de celebrar con inmenso gozo espiritual, ni el de Treviso, donde se conserva su corazón, y la familia de las monjas de la Visitación no se queden sin algún signo de nuestra benignidad, ordenamos que todos, durante las funciones mensuales que las mismas harán en acción de gracias durante este año, además de las que se hagan el 28 de diciembre, visiten este año sus iglesias, como de costumbre limpios por la penitencia y alimentados con el Pan Eucarístico, y oren por nuestra intención, consigan indulgencia plenaria.

Vosotros, venerables hermanos, exhortad arduosamente a los fieles encomendados a vuestro cuidado para que rueguen, según nuestra mente, al Santo doctor; que puesto que plugo a Dios que nos encargáramos de regir su Iglesia en tiempos difícilísimos, ojalá que con la ayuda de San Francisco, que siempre amó con gran fervor y reverencia la Sede Apostólica y defendió maravillosamente con sus « Controversias » sus derechos y autoridad con felicidad, logremos que todos los que viven lejos de la ley y de la caridad de Cristo, volviendo a los pastos de vida eterna, podamos abrazarlos en nuestra comunión y beso de paz.

Entretanto, descienda sobre vosotros, como prenda de los dones celestiales y de nuestra paternal benevolencia, la bendición apostólica que a vosotros, venerables hermanos, y a todo el Clero y pueblo vuestro, os damos con todo afecto.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 26 de enero del año 1923, primero de nuestro Pontificado.

Figuras de Misioneros Salesianos

Eminentísimo Card. Juan Cagliero.

*«Luceat lux vestra coram hominibus
ut videant opera vestra bona et glori-
ficent Patrem vestrum qui in coelis est».*

Brille vuestra luz ante los hom-
bres de manera que vean vuestras
buenas obras, y glorifiquen a vuestro
Padre que está en los cielos.

Con perdón del venerando e ilustre purpu-
rado, cuya modestia rehuye toda exhibición
que realce su persona, nos proponemos dar a
conocer a nuestros lectores algunos trabajos
de los Misioneros Salesianos que más se han
distinguido en el campo de su apostolado y
que encabezamos con los del octogenario Car-
denal, por ser el jefe de la primera expedición
de salesianos que nuestro Venerable Padre
D. Bosco envió a misionar en la lejana Pata-
gonia y Tierra del Fuego.

No nos mueve a ello el prurito de ensalzar
las propias glorias, rindiendo homenaje al gusto
y debilidad de nuestros días, sino el deseo de
coadyuvar de algún modo al consolador mo-
vimiento misional que se despierta y desarrolla
pujante por doquiera.

Sofocada en el siglo pasado la vida cristiana
por una oleada de sensualismo pagano, fruto
de materialismo degradante, no florecían los
sentimientos sublimes y pensamientos elevados
de otros siglos que, más creyentes, se distin-
guieron por el amor a los placeres del espíritu,
la caridad ardiente y efusiva, la abnegación y
sacrificio que hacían, de los hombres, santos,
apóstoles que se sacrificaban gozosos por amor
de sus semejantes, a quienes llamaban con ca-
riño sus hermanos, amor que les llevaba a des-
prenderse de sus riquezas para socorrer con
largueza a los necesitados, a renunciar las co-
modidades de la vida y abrazarse a la cruz, para
iluminar con ella las tinieblas que envolvían
la mayor parte del género humano.

Pero al suplantarse el estéril y egoísta escepti-
cismo a la generosa y fecunda vida cristiana
en los pueblos, desaparecía casi por completo,
por falta de ambiente, la generación gloriosa
de los héroes que soñaban con empresas apostó-
licas, anhelando como premio de los sudores y
penosos trabajos misioneros la palma del mar-
tirio que hiciera de su sangre semilla de nuevos
y fervorosos cristianos.

Va no fascinaba a las almas el sufrimiento
que hacía sonreír gozosos a Teresa de Jesús y

Francisco Javier, que amaban padeciendo, y
suspiraban por la corona de espinas que les hacía
exclamar de continuo: «o padecer o morir».

A la sed devoradora de heroísmos y gene-
rosos entusiasmos, sucede el apetito de gro-
seros placeres que corroen y gangrenan la so-
ciedad. No les pidáis combates trabajosos entre
la carne y el espíritu que fortifican y elevan ni
le habléis de las luchas que ennoblecen y nim-
ban de gloria las virtudes cristianas. La vida
robusta y sobria que se desarrolla al amparo
del Decálogo y produce victorias morales les
horroriza. Su Dios es el placer, su única aspi-
ración el gozar. No conciben otra existencia ni
ocupación que la muelle y plácida que brinda
la sensualidad. Las fiestas y los placeres que
encantan los sentidos son los únicos que apetece
la frivolidad de su espíritu.

Así se explica la escasez de hombres, de carác-
teres varoniles dispuestos a sacrificarse por una
idea, de hombres generosos que, olvidándose
de sí mismos, se prodiguen endulzando penas
y enjugando llantos.

Las catástrofes que enlutan las familias, las
desventuras que azotan a los pueblos, las mi-
serias y sufrimientos del prójimo no logran
conmover los corazones que la impiedad y el
egoísmo han endurecido.

Esa sociedad incrédula no tiene entrañas;
bajo las apariencias de perfección y civilidad,
entre las brillantes gasas y oropeles oculta una
barbarie lujosa.

Pero no todos los corazones son duros e in-
sensibles como rocas; en todos los tiempos y
países Dios ha suscitado hombres generosos,
apóstoles, santos que se han consagrado a
remediar las necesidades de sus hermanos.
Y al siglo 19, calculador, egoísta y frío cual
ninguno, tampoco le faltaron los suyos. D. Bosco
fué uno de ellos. En su tierno y amoroso cora-
zón hallaron eco todos los dolores, y acuciado
por una caridad ardiente, se hizo todo para
todos. Comienza por recoger e instruir con ca-
riño a los desgraciados que el mundo arroja sin
piedad en el arroyo; funda instituciones donde
los desheredados encuentran la fortuna, y se
truecan de vagabundos en útiles y honrados
ciudadanos; en los tiernos corazones de esos
jovencitos que jamás sintieron el afecto ni vie-
ron una sonrisa, D. Bosco siembra, con la miel
de su dulzura, la semilla del amor que después
fructificará en la sociedad, zanjando abismos

y extinguiendo los odios que envenenan la vida.

Y en alas de su caridad ardiente, D. Bosco transpone los límites de su patria, que lo pasará a ser el mundo, se extiende como el aceite por Europa, cruza la inmensidad de los mares y llega con sus hijos a la espesura de las selvas

vidas y geniales osadías que lo hacen merecedor a que la historia de los grandes conquistadores de almas y de pueblos lo cuente entre sus hijos.

De Juan Cagliero puede decirse con verdad que nació misionero.

Trasladémonos, remontando el río de la historia, al Oratorio de Turín, donde el joven Cagliero rompe a la sombra del grande pedagogo D. Bosco sus primeras lanzas.

Estaba para finir el año 1854. El jovencito Cagliero, gravemente enfermo, se hallaba reducido a los extremos. Los médicos de cabecera Calcagno y Bellingeri habían insinuado a Don Bosco la conveniencia de administrarle los últimos sacramentos.

En aquellas angustias, Don Bosco entra en el cuarto del moribundo para prepararlo al gran paso, pero he aquí que se presenta a su vista una portentosa visión.

Ve volar alrededor de la cama una blanca paloma que lleva en el pico un pequeño gajo de olivo; luego ve que ella se acerca más y más al doliente, lo roza levemente con sus alas y, por fin, deja caer sobre su helada frente el verde gajo de olivo. Don Bosco se acerca a la cama y contempla otra maravilla más sorprendente aun. En todo el rededor de Cagliero, hasta sobre las colchas del lecho, aparece un gran número de figuras extrañas. Reparando bien, Don Bosco divisa dos caras humanas que se distinguían entre todos aquellos otros seres, cual si fueran sus tipos y representantes; uno, de color cobrizo, estaba todo acur-

rucado y ovillado; el otro, de estatura elevada y de porte guerrero, pero con cierto semblante de bondad; uno y otro estaban inclinados sobre el rostro del pequeño moribundo como quien se propone descubrir algo importante.

En aquel mismo instante un rayo de luz sobre natural ilumina la mente de Don Bosco que, conteniendo a duras penas las lágrimas, se inclina hacia el jovencito, y después de haberle contemplado un rato, le dice:

Dime, Cagliero, ¿prefieres ir al Paraíso o curarte?



El Cardenal Cagliero.

para brindar con la luz de la fe, las ventajas de la civilización a los desgraciados salvajes que vagan errantes, arrastrando una vida de sufrimientos y miserias.

Jefe de la primera caravana, del puñado de cruzados que, alentados por el espíritu misionero de D. Bosco, parten del solar querido de Valdocco para clavar la bandera de la cruz en los extremos del mundo, es el joven sacerdote Juan Cagliero, hoy ilustre purpurado de la Iglesia.

Su vida en el campo misionero es un tejido de proezas y heroísmos, está salpicada de atre-

— Si Don Bosco lo cree conveniente, iré al Paraíso ahora mismo.

— Don Bosco entonces, profundamente conmovido, envuelve al niño con una mirada de suprema ternura y exclama:

— No, hijo mío, todavía no es tiempo; no morirás; recobrarás la salud, serás sacerdote y un día misionero que con el breviario debajo el brazo recorrerás el mundo en busca de almas para salvar y bautizar. Y luego... y luego...

Don Bosco calló pensativo y por entonces no quiso añadir otra cosa.

El siervo de Dios, por una revelación divina, había individualizado en las extrañas figuras que rodeaban a Cagliero, a los salvajes que estaban esperando de él la luz de la fe.

Cagliero renacía entonces en su lecho de muerte para las misiones.

Finalmente, en 1875, Don Bosco lograba realizar su sueño, y del Oratorio partía el primer núcleo de misioneros salesianos, capitaneados por Cagliero.

Cuando en 1875 ponía el pie sobre las tierras que Don Bosco confiaba a su apostolado, la Patagonia era un desierto temido, habitado por los indios más audaces y belicosos, que obligaban al gobierno de la Argentina a mantener en las fronteras un aguerrido ejército que no siempre se halló en condición de detener las vandálicas irrupciones de los salvajes. Entretanto, ellos se arrojaban sobre las poblaciones indefensas como un oleaje furibundo, pasándolo todo a hierro y fuego.

Aquellas tierras lejanas, con sus cavernas, con sus pantanos, con sus florestas impenetrables, estaban envueltas en las tinieblas del más voraz misterio. En la misma religión veían aquellos salvajes un peligro y una fuerza que habría podido destruir su funesto imperio, y es fácil presumir los peligros y las dificultades que cerraban el camino al generoso misionero que, sin más armas que la cruz, se imponía la tarea de predicar la doctrina del evangelio. Pero el intrépido Cagliero con los suyos transformaron aquella parte remota del mundo.

Hoy por hoy, son parroquias, capillas, colegios, escuelas de artes y oficios, escuelas agrícolas, externados, asilos, hospitales, asociaciones de varias clases y hasta edificios consagrados a la cultura de ciencias superiores que surgen e irradian sobre aquellos pueblos la luz de la civilización, después de haber ahuyentado el terror de la más negra barbarie.

Con excepción de muy pocas familias, errantes todavía en las partes más internas, los indios de la Pampa y de la Patagonia han recibido todos el bautismo. Entre ellos, junto con la religión, florece el comercio y toda clase

de iniciativa civil; con gran honor de la familia Salesiana, a cuyo glorioso hijo se debe tan feliz transformación.

No paró aquí la obra: ella se fué desarrollando con un progreso gigantesco que irradió sobre las Américas. La Argentina, el Uruguay, el Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Méjico, Venezuela, Tierra del Fuego, Tierra de los Jíbaros y de los Coroados, son otros tantos pasos de la vastísima empresa iniciada por Cagliero.

Por eso el general Roca, presidente de la República Argentina, solía llamar a monseñor Cagliero: « el civilizador del sur ».

Puede decirse que, desde el año 1915, cuando el Papa lo llamó desde aquel campo de su trabajo para honrarlo con la sagrada púrpura, el Cardenal Cagliero fué misionero y le cuadra exactamente el epíteto de « Matusalén de la acción misionera » con que él, en son de chanza, se calificaba a sí mismo en el Congreso Misionero.

(Continuad.)

Cómo se alcanzan gracias de María Auxiliadora.

Cuando se pedían oraciones al Ven. D. Juan Bosco para alcanzar una gracia, en tanto que prometía las suyas y las de sus niños, aconsejaba al interesado: 1.º Que se encomendase a María Auxiliadora, rezando por nueve días seguidos tres Padre Nuestros, tres Avemarias y Gloria en honor de Jesús Sacramentado, con la jaculatoria: « Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar », y tres Salves en honor de María Auxiliadora, con la jaculatoria: « *María Auxilium Cristianorum, ora pro nobis* », o « María Auxiliadora ruega por nosotros ». — 2.º Le recomendaba que recibiera con buenas disposiciones los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión; y 3.º. Al darle una medalla de María Auxiliadora, le exhortaba a hacer una limosna como medio más seguro de obtenerlo todo de la Santísima Virgen, aunque censuraba con frecuencia esa especie de desconfianza de los que prometen una ofrenda en caso de obtener lo que desean: « No corresponde al hombre, decía, poner condiciones a Dios ».

« Es preciso comenzar por dar con sumisión, sin reserva, sin restricciones, con fe y confianza absolutas. En tal caso Dios abre sus manos y distribuye sus gracias ». *Date et dabitur vobis*. — « Dad y se os dará. La experiencia demuestra la extraordinaria eficacia de este medio para obtener las más señaladas gracias: millares de veces he podido convencerme de ello ». — Don Bosco.

Con estos medios se han alcanzado ya millares de gracias y favores de la que es el Auxilio de los Cristianos.

SOLEMNE RECIBIMIENTO EN MANILA, FILIPINAS, al Delegato Apostolico Mons. Guillermo Piani

Entusiasta sobremanera fué el recibimiento tributado por todos los habitantes de esta ciudad el 30 de noviembre al nuevo Delegado de Su Santidad, Mons. Guillermo Piani, preclaro hijo de Don Bosco, al pisar por primera vez estas tierras fertilizadas por el catolicismo y donde como en un oasis en este Extremo Oriente el católico de cualquier nación encuentra, después de pasar por las vecinas regiones, donde la luz del Cristianismo aun no brilla con todo su esplendor, seres humanos que como él profesan la misma fe y como él obedecen a un solo Supremo Pastor, el Padre Santo.

El entusiasmo católico por mostrar inmediatamente al Representante de Su Santidad, su adhesión firme a la Santa Sede y su sumisión y obediencia a los legítimos Pastores de la Iglesia, no aminoró ni decayó a pesar de la continua llovizna que desde el mediodía encharcaba nuestras calles. Momentos antes de la hora anunciada para el desembarco del Sr. Delegado, el pantalán N° 5 se veía bien repleto de un selecto y numeroso público, sobresaliendo el Sr. Arzobispo Mons. O'Doherty, los Sres. Obispos Monres. Gorordo, Verzosa, Sancho y Hachang, McCloskey, Clós, S. J., y Mc Guinley, los Padres Provinciales de las Ordenes Religiosas, el Cabildo Catedral, muchos distinguidos católicos, funcionarios del Gobierno y los miembros de la Directiva del Concejo N°. 1000 de los Caballeros de Colón y el Claustro de Profesores de la Universidad de Sto. Tomás. El trayecto desde el muelle hasta la catedral lo cubrían los alumnos de las diversas Facultades de la referida institución católica de enseñanza superior, así como también los colegiales de los diversos centros docentes católicos de esta capital, y los cadetes del Ateneo de Manila en perfecta y marcial formación, que tras algunas evoluciones, se situaron formando guardia de honor, en las inmediaciones de la Catedral.

Al poner pie en tierra Mons. Piani, un estruendoso « Viva el Sr. Delegado » se dejó oír en todo el pantalán y sus alrededores, mientras los aplausos de la multitud atronaban los espacios. Las mismas demostraciones de afecto y simpatía se sucedieron a medida que el Delegado juntamente con el Sr. Arzobispo en una verlina, precedidos y seguidos de una larga fila de vehículos, se encaminaba con dirección

a la Catedral. Al pasar frente al batallón de los del Ateneo de Manila, los apuestos cadetes rindieron al representante de Su Santidad los honores militares correspondientes, en tanto que la banda de Lolomboy recreaba los ánimos con la ejecución de una hermosa marcha.

En la Catedral.

A la puerta de la Catedral se encontraban todos los Sres. Obispos y demás personajes eclesiásticos y seculares que fueron a recibir al Sr. Delegado en el pantalán. Mons. Piani, con el aspecto tan simpático que atesora, no cesaba de bendecir al público que le aclamaba. Al aparecer frente a la Catedral, salieron a su encuentro los ya mencionados Sres. Obispos y el Cabildo Catedral, mientras de nuevo se dejaban oír otro « viva el Sr. Delegado » y resonantes aplausos. Dentro de la iglesia, se encontraban las colegialas de los diversos centros femeninos de enseñanza católica de esta ciudad, así como también otros distinguidos señores y altos funcionarios del Gobierno, entre ellos el dignísimo Presidente de la Corte Suprema Hon. Manuel Araullo.

Ya en el presbiterio del altar mayor, el Chantre de la Catedral, Mons. Eulogio Sánchez entonó el majestuoso *Te Deum* que fué magistralmente cantado por el coro de la Catedral y de los niños tiples del Colegio parroquial de Intramuros. Después del *Te Deum*, el mismo Monseñor Sánchez ocupó el púlpito desde el cual dió lectura a las bulas o credenciales del nuevo Delegado. Terminada la lectura, el Sr. Delegado se dirigió a su vez al público, notándose entonces entre los asistentes al acto, una gran animación por ver al representante en Filipinas de S. S. el Papa Pío XI. Desgraciadamente el templo se encontraba entonces a oscuras, no habiendo más luz que la que irradiaba de los candelabros del altar. El sagrado recinto nos parecía entonces un trozo de las catacumbas, aunque no tan reducido ni tan bajo como éstas. El Sr. Delegado de estatura más bien baja, pero de aspecto apostólico, subyugaba a todos, cuya atención logró atraer y concentrar en tal forma, que en el amplio recinto imperaba un silencio profundo. A la luz de una palmatoria, sostenida por un joven sacerdote, Mons. Piani procedió a la

lectura de su mensaje y su saludo al pueblo católico de este Archipiélago. Su voz suave, casi melosa, daba a sus palabras mayor elocuencia, y a medida que transcurrían los instantes, podemos asegurar que el Sr. Delegado se hacía más simpático, por lo que auguramos de su misión en esta región del Oriente muchos y muy saludables frutos.

Alocución del Delegado Apostólico al Pueblo Filipino.

Gratias agamus Domino Deo nostro, dignum et justum est.

Rindamos acción de gracias a Dios, Señor nuestro. Es digno y muy justo que así lo hagamos.

Illmo. y Rdm. Señor Arzobispo:

Illmos. Sres. Obispos:

Muy Ilustre Cabildo y Venerable Clero:

Piadosas asociaciones y fieles muy amados en Cristo:

Si es muy digno y justo agradecer « en todo tiempo y lugar », « semper et ubique », los beneficios que, con inefable largueza nos otorga, lo es en particular manera en esta ocasión solemne en que el Vicario de Cristo en la tierra, el Supremo Pastor y Maestro, el Pontífice Augusto, el gran Padre de la Iglesia Universal envía bendiciones especiales a los Hijos muy amados de estas venturosas islas. Como acabáis de oírlo en la lectura que, ha poco, se dió del Documento Pontificio, el Papa ha lanzado su mirada a través de los mares y ha contemplado con sin igual cariño esta nobilísima y católica nación.

Y no deja de ser una feliz coincidencia la de que llegase a estas tierras Su enviado, precisamente en vísperas del día en que la Sociedad, presidida por sus autoridades, reconoce con acto público y solemne el supremo dominio del Señor de cielos y tierra, y rinde pleito homenaje y acción de gracias a El que de la Sociedad humana es el Príncipe y Fin último, Rey soberano y absoluto Dueño.

Y ha querido Dios colmar la medida de sus bondades, otorgando a los afortunados fieles de esta ilustre Arquidiócesis, la gracia de poder rodear a su dignísimo Pastor y Maestro en la faustísima celebración de su Jubileo Sacerdotal. ¡Cuán bueno es el Señor para los que lo aman y sirven fielmente! Me siento feliz en poder unir mi débil voz a los himnos jubilosos de todos vosotros que formáis del Pastor la más hermosa corona...

A vosotros me ha enviado el Padre Santo. ¡Oh! colocado en la roca del Vaticano, no olvida, no, estas Perlas del Oriente, y levantando su blanca mano, las bendice.

Os aseguro que el Papa mira con predilección las Islas Filipinas, y se interesa sobremedida del bien espiritual de tantos hijos que ama con aquel purísimo amor que comunica a su Vicario en la tierra el Dulcísimo Corazón de Jesús. Así debía ser, pues la nación filipina profundamente religiosa y genuinamente católica; está providencialmente colocada en este extremo Oriente, constituyendo un baluarte firmísimo de la Iglesia de Cristo en medio de naciones que están sepultadas, en gran parte, en las sombras de muerte.

Aquí brilla el esplendor de la fe; la verdadera religión. En mi largo viaje he tocado naciones, en que el corazón experimenta la impresión del frío: el cierzo de la infidelidad agosta allí las almas!...

¡Oh filipinos!, conservad sin mancha la pureza de vuestra fe; y que de vosotros pueda repetirse lo que el Apóstol escribía a los Romanos: « Fides vestra nota est omnibus hominibus ».

Permaneced siempre unidos a vuestros legítimos Pastores, y por medio de aquellos que son « Episcopi animarum vestrarum », estad unidos al Sumo Pontífice, el que es, según el Poeta, el dulce Cristo en la tierra.

Entretanto, recibid las manifestaciones del amor que os profesa el Sumo Pontífice Pío XI. El envía su apostólica bendición a los que son los pastores de esta porción tan importante del rebaño de Cristo.

Y con los Pastores bendice con toda la efusión de su alma al dignísimo Clero Secular y Regular, y a todos los Fieles de estas diócesis. Ni olvida si quiera el gran Padre a aquellos hijos pródigos, que se alejaron de la casa paterna y sólo desea que vuelvan al redil de Cristo, para que tengan vida y vida abundante.

Que de todos los filipinos sea una la fe ardiente y viva, para que en breve sea uno solo el rebaño y uno solo el pastor ».

Después de estas ternísimas palabras, con no menos ternura y con una unción paternalmente evangélica, solemnemente y en medio de una postura extraordinariamente religiosa de los circunstantes, el nuevo Delegado de Su Santidad dió la bendición papal a todo el pueblo filipino, representado por aquel contingente representativo de todo el Archipiélago, incluidos Joló y Batanes, bendición que, a juzgar por la devoción exteriorizada allí, ha sido de un consuelo general.

(De la Defensa de Manila).

Tener a Dios en la boca con bellas palabras, y en el corazón con buenos afectos, no basta; es necesario tenerlo como Simeón en los brazos por medio de las buenas obras.

S. Francisco de Sales.

DE NUESTRAS MISIONES

ASSAM (India)

Camino de la Misión Salesiana

(Relación del Salesiano Padre José Gil Vázquez).

Preparativos y despedidas.

El día 17 de Diciembre, después de vencer las dificultades surgidas por parte de los consulados, para la concesión y reconocimiento de pasaportes, regresó de Roma el Superior de la nueva Misión, Don Luis Mathias, anunciándonos que hallándose todo perfectamente en regla, el 23 embarcaríamos en Marsella.

Imprimióse, en consecuencia, mayor actividad a los preparativos del viaje que se dieron por terminados al día siguiente por la mañana.

El 18 por la tarde nos fuimos a Valsalice, para despedirnos de los venerandos restos de Don Bosco, Don Rúa y Don Albera. Oramos ante los túmulos de estos nuestros grandes y amadísimos padres, rogándoles se dignasen bendecir los trabajos que para gloria de Dios y dilatación de su reino íbamos a comenzar.

El día 19, después de celebrar en el Santuario de María Auxiliadora, salimos en automóvil para Becchi, con objeto de visitar la humildísima casa de Don Bosco, que a los que por primera vez la contemplamos, nos causó una impresión de sorpresa y maravilla, mezclada con gozo intensísimo al considerar cómo de principios tan humildes, nuestro Venerable Padre había sido elegido por Dios para realizar las obras estupendas que llenan la tierra con la fama de su nombre y con el eco de sus bendiciones.

Espontáneamente acudieron a nuestro pensamiento y a nuestros labios las proféticas palabras: *Filii tui de longe venient*: « Tus hijos, desde los puntos más lejanos acudirán a tí », y bendiciendo al Señor y a María Auxiliadora, por las maravillas que se ha dignado obrar por medio de su fiel siervo, entramos en la bellísima capilla, recientemente erigida junto a la humilde casita donde se rezaron las oraciones de la mañana, y se hizo la meditación; luego impresionamos algunas placas fotográficas, y después de dar un último adiós a aquellos sitios llenos de poesía y de recuerdos para todo corazón salesiano, tornamos al auto para regresar a Turin antes de medio día.

En la comida quisieron obsequiarnos los Superiores sentándonos a su mesa, juntamente con algunos otros hermanos que aquel mismo día debían partir para el Perú.

El 20 muy de mañana, oímos la misa que nuestro amadísimos D. Pedro Ricaldone nos dijo en la capilla de Don Bosco, escuchando después un saludo de despedida que, como suyo, no pudo menos de ser hermosísimo, y conmovedor sobremanera.

Inmediatamente nos dirigimos a la estación para tomar el tren de Francia, que debía salir a las 8 y veinte minutos. A pesar de la crudeza de la mañana, el Sr. D. Pedro Ricaldone llevó su amabilidad hasta acompañarnos a la estación, no dejándonos hasta que el tren hubo arrancado y después de habernos abrazado uno por uno, teniendo para todos palabras de cariño y de aliento.

Con verdadero sentimiento nos despedimos de Turin y del Oratorio, donde habíamos pasado casi tres meses rodeados de afectos y atenciones fraternales, viviendo el ambiente de piedad que se respira bajo el manto de María Auxiliadora, en aquella casa solariega de la Congregación Salesiana.

A las 6 de la tarde llegamos al Patronato de San Pedro de Niza, siendo amabilísimamente recibidos y agasajados por su Director, el Reverendo P. Carlier y demás hermanos y niños, que nos colmaron de atenciones.

Obsequiéronnos con una gira en tranvía por la Costa Azul hasta Mónaco, para que admirásemos la belleza y esplendor del panorama y las maravillas que la naturaleza y el arte a porfía han acumulado en este privilegiado rincón de Francia, cornisa del Mediterraneo.

El 22, después de despedirnos de nuestros amables huéspedes, dándoles las gracias más afectuosas por sus atenciones, tomamos el tren para Marsella, a donde llegamos a las 12 de la mañana hallando en la estación a nuestro antiguo Inspector de Andalucía, y actual Director de aquella Casa, el Rvdo. Sr. D. Antonio Candela.

Nos saludó con el afecto más cordial, poniéndose a nuestra disposición para todo. No olvidaremos nunca la hidalga hospitalidad que nos dispensaron en Marsella durante los días 22 y 23. Visitamos el magnífico Santuario de Ntra. Señora de la Guardia, donde dijimos la santa Misa, y en la tarde del 25, nos embarcamos en el « Kaiser I Hind ».

En el mar.

Nuestro magnífico buque desplaza unas 11.000 toneladas, midiendo más de 150 metros de eslora. Ofrece todas las comodidades que se pueden desear. Sólo lleva viajeros de primera y segunda clase, unos 500 entre todos.

Recorre por término medio unos 30 kilómetros por hora; sólo así se explica que podamos llegar a Bombay en catorce días.

Apenas nos hubimos instalado se acercó a nosotros un Padre Carmelita, saludándonos en francés.

Por él supimos que entre los pasajeros había un respetable número de católicos, que estaban haciendo gestiones con el Capitán para poder celebrar la Misa de Noche-Buena.

La partida del buque estaba señalada para la media noche del 23, pero el retraso del correo de Londres, le impidió hacerlo hasta las seis de la mañana del 24. Bajo los auspicios de María Auxiliadora y mientras celebrábamos en nuestros camarotes el augusto Sacrificio de la Misa, comenzó el buque a soltar sus amarras, y deslizándose rápidamente dejó el puerto de Marsella, que no tardamos en perder de vista.

Llegamos por la tarde al Canal de Bonifacio, entre Córcega y Cerdeña y en vista del magnífico estado del mar, habiéndose conseguido autorización del Capitán, comenzamos a preparar una improvisada Capilla en el comedor de segunda clase, para celebrar la Misa del Gallo. El gran comedor, adornado con banderas inglesas, macetas y flores, y profusamente iluminado, presentaba un espléndido aspecto.

Ofició la Misa el Padre Carmelita, y nuestro Superior acompañó al piano la Misa de Angelis, cantada por nosotros. Asistieron como unas ochenta personas entre pasajeros y tripulantes, edificándonos el fervor con que oían la Santa Misa. Al ofertorio, varias señoritas ejecutaron un bonito motete y a la Comunión después de un sentido fervorín, dicho por el celebrante, muchas personas se acercaron a recibir en su corazón al Salvador del mundo, no siendo pocas las que se quedaron a oír las tres misas. Fué una fiesta que en medio de su sencillez, por la novedad que ofrecía, nos causó, como no podía por menos, la más agradable impresión, resarciéndonos del sentimiento de no poder celebrar en compañía de nuestros hermanos y niños con la solemnidad a que estamos acostumbrados.

El día 25 pudimos todos celebrar la Santa Misa. Por la tarde estábamos a la vista de las islas de Lipari, contemplando el soberbio espectáculo que ofrece su formación volcánica y el Strómboli coronado de densa humareda. Pasamos ya de noche el estrecho de Mesina, no pudiendo ver de esta ciudad y de la de Regio, sino su fantástica iluminación.

El 26, el mar se hallaba bastante alborotado y por esto y por la influencia que tal estado ejerció sobre nosotros, no pudimos celebrar la Santa Misa, ni apenas salir de nuestros camarotes.

El 27, el mar se presentó mucho más pacífico; pero tampoco nos atrevimos a celebrar.

El 28, a las seis de la mañana, entramos en Puerto Said, primera etapa de nuestro viaje, después de cuatro días justos de navegación.

¡Espectáculo singular se nos ofreció al atracar en este puerto! Inmediatamente se vió rodeado el buque por una nube de lanchas tripuladas por egipcios de bronceada tez, medio desnudos, que con infernal gritería, apostrofándose unos a otros, ofrecían todos sus servicios a los pasajeros, mientras otros conseguían subir a cubierta para vender

multitud de géneros del país, o entretenernos con variados juegos de prestidigitación.

Por lo mismo no fué empresa fácil la de escoger entre las lanchas que se nos brindaban para llevarnos al muelle, por fin podemos subir en una canoa automovil y en pocos minutos pisamos tierra africana. La impresión que Port-Said nos produjo fué en extremo halagüeña; ciudad alegre, llena de vida y movimiento, con calles rectas y anchas; casas de moderna construcción, pero sin perder su carácter oriental; abigarrada sociedad de habitantes, vistiendo todos los trajes, luciendo todos los colores de las razas humanas, y hablando todos los idiomas; la vista de mujeres tapadas hasta los ojos, nos advierte, por si no nos habíamos dado cuenta, que estamos en país musulmán.

Como no podíamos disimular nuestra calidad de extranjeros, inmediatamente nos rodea una multitud de vendedores ambulantes, que nos ofrecen sus mercancías: postales, sellos, frutas, en inglés, francés, español, italiano, según las palabras que de cada cual escuchan.

Por las calles se ven grupos de soldados ingleses, a pie y a caballo y ametralladoras en las encrucijadas; es que ayer hubo un movimiento sedicioso en el Cairo, de alguna importancia, y temen que pueda repercutir en Port-Said. Después de recorrer la población, comprar mi blanco salakof y tomar varias fotografías regresamos al buque a las cuatro.

Poco después nuestro buque con marcha reposada y majestuosa se interna en el Canal de Suez, obra maravillosa de 160 Kilómetros de largo por 45 de ancho, en que el genio de Fernando Leseps relacionó dos mares, el Mediterraneo y el Rojo, aportando numerosos beneficios a la humanidad.

La reposada marcha del vapor que sólo recorre 10 kilómetros por hora, el espectáculo de los lagos poblados de ánades, flamencos y gaviotas, la apacibilidad de la atmósfera, la noche estrellada, las luces que iluminan ambas orillas del Canal, la monotonía de los cantos árabes, todo ello nos causa una impresión nueva, de placidez, calma y bienestar que deleitando convida a elevar el alma a Dios.

A las once de la mañana del 29, salíamos del Canal, para entrar en el Golfo de Suez. Estamos en pleno mar Rojo y el recuerdo de Moisés y los israelitas y de Faraón y sus soldados, sumergidos en estas mismas olas, se apodera de nuestra imaginación, obsesionándonos durante todo el día. A nuestra derecha se extienden las costas de Egipto, a nuestra izquierda la cordillera del Sinaí, el monte que Dios eligiera para intimar su ley al pueblo de Israel; aquí parece como que la presencia de Dios se siente, se palpa; al evocar los impresionantes recuerdos que tales paisajes no pueden menos de despertar en un alma cristiana.

Al medio día atravesamos el paralelo 28 y el calor empieza a dejarse sentir. Lo marineros entoldan el buque y los ventiladores funcionan por todas partes. Preveo que vamos a echar de menos los 18 grados bajo cero que dejamos en Turín y que este calor hará chico al de Cádiz cuando sopla Levante.

El 30, los marineros, camareros y demás empleados del buque, se presentan en traje de verano. Hemos pasado el Trópico; entramos en la zona tórrida y el calor se acentúa cada vez con mayor fuerza.

El 31 se nos anuncia que mañana a las dos llegamos al puerto de Adén. Hoy nuestro buque ha alcanzado su máxima velocidad en el recorrido (unos 32 kms. por hora).

Estamos a 14° de latitud y a 32° de calor en nuestros camarotes, a pesar de los ventiladores que consiguen remover, pero de ningún modo refrescar el aire.

Primero de Enero. Año nuevo. A las siete y media el P. Carmelita celebra en el salón de primera; asisten bastantes personas, comulgando siete u ocho.

Estamos en el estrecho de Bab-el-Mandeb, que pasamos contemplando las costas de Asia y Africa, y nos internamos en el Golfo de Adén.

A las dos de la tarde nos hallamos a la vista de esta población. Paisajes: rocas grises, peladas, sin un árbol ni una hierba; por mucho que inflamos nuestros binóculos no acertamos a descubrir vegetación por ninguna parte.

Grupos de casas diseminadas en las hondonadas que dejan las rocas, casas bajas, miserables; en las alturas construcciones con aspecto de fortalezas.

Habitantes: negros, de color de ébano, bronceados, desnudos, semidesnudos, de todo, menos vestidos. A ambos lados del vapor se ve un remolcador que arrastra tres o cuatro barcas cargadas de algo que semejan hombres, porque bullen y se mueven; enfilamos hacia ellos nuestros anteojos y vemos en efecto una multitud de negros, vestidos con una especie de pantalones que les cubren apenas desde medio muslo a la cintura. Parece un informe amasijo de carne, algo repugnante, que degrada y envilece la naturaleza humana. Son los trabajadores encargados de introducir el carbón de nuestro buque. Retiramos disgustados la vista de tal espectáculo para fijarla en una multitud de lanchas, cargadas de baratijas, plumas y huevos de avestruz, cestas de abigarrados colores, frutas, cajas de cigarros. En alguna de estas embarcaciones se ven tipos hebreos, indudablemente los amos de los objetos.

Como tenemos necesidad de enviar varias cartas, bajamos a tierra, un sacerdote italiano, un coadjutor y yo. En la agencia de policia, nos hacen escribir nuestros nombres, nacionalidad, profesión, etc. Al ver el agente que yo era español, se sonríe, me mira y me dirige algunas palabras en castellano, diciéndome que su madre era española y que él aprecia mucho a esta nación; me congratulo del feliz encuentro, nos damos la mano, me despido y nos dirigimos al Post Office.

Para hacer justicia a la población, hay que decir que resulta menos fea desde lejos que desde cerca. En el trayecto vemos una iglesia católica y nos proponemos visitarla a la vuelta del correo. Nos sigue una multitud de chiquillos negriscos, ofreciéndonos sus servicios y pidiéndonos sobre todo que les demos algo. Nos cayó en gracia uno de diez años escasos que, menos arisco, hasta se dejó

acariciar sus negras mejillas, ganando en premio dos annas de plata que por cierto miró con olímpico desprecio.

Una vez cumplida nuestra misión y depositada nuestra correspondencia en el correo, visitamos la iglesia católica de S. Francisco de Asis. Nos recibió muy amablemente el Vicario Apostólico de Adén, italiano de nacionalidad, conversó buen rato con nosotros; nos mostró la iglesia nueva, de regulares dimensiones, con tres naves, nos auguró un feliz viaje y un fecundo apostolado, besamos su anillo y nos dirigimos al muelle para retornar a nuestro buque.

A las ocho de la noche, después de haberse provisto de carbón, nuestro buque viró en redondo, puso proa hacia el mar arábigo y emprendió la última etapa de su viaje. Cinco días más y estaremos en Bombay.

Los días siguientes no ofrecen novedad.

El mar se presenta bastante bonancible. Sopla un aire que refresca algo la atmósfera; todos los días podemos celebrar. Los pasajeros distraen el aburrimiento organizando cantos y juegos de día, y música y baile por la noche.

El día 4 por la noche han tenido la humorada de organizar un baile de máscaras sobre la entoldada cubierta.

Nosotros nos distraemos como podemos, estudiando inglés, jugando a damas, charlando acerca de nuestro futuro y cada vez más próximo campo de acción.

Hoy, día 5, por la mañana hemos visto algunas aves marinas, señal de que nos acercamos a la costa. Es día de trabajo, nos disponemos a arreglar nuestras maletas y baules, porque mañana temprano pensamos llegar a Bombay, y celebrar la Epifanía en Shillong.

Para el día de la Epifanía, las siete de la mañana, estaba fijada nuestra llegada a Bombay. A las cuatro, tanta era nuestra impaciencia, ya nos hallábamos levantados, comenzando inmediatamente la celebración de la Santa Misa en nuestros respectivos camarotes.

A las seis estábamos en cubierta, respirando el aire de tierra, contemplando el magnífico panorama que ofrece la bahía de Bombay y observando las maniobras de la entrada del buque en el puerto.

Con el práctico vino a bordo el inspector de policia de la ciudad, para revisar los pasaportes de todos los pasajeros.

A las ocho sirvieron el *little breakfast*, entre tanto el buque quedaba amarrado en Alexandrádoks y terminado el almuerzo, desembarcamos, dando por terminado nuestro viaje por mar. Deo gratias. Ha sido un viaje de trece días justos desde que salimos de Marsella.

La ciudad de Bombay.

Estamos realmente satisfechos. Un sólo día hemos tenido que sufrir algo a causa del mar, el resto del viaje ha sido inmejorable.

Los mozos y faquines desembarcan nuestros equipajes que llevan a la Aduana. Allí los dejamos para ir a la ciudad a buscar alojamiento. Pregun-

tamos donde se halla el Colegio de H. Mary, y a él nos dirigimos.

La amabilidad con que fuimos recibidos por los Padres Jesuitas supera a toda ponderación, colmándonos de atenciones y poniéndose a nuestra disposición para todo.

Este Colegio-Universidad, lo mismo que el de S. Xavier de la misma población, estaba regentado por los Padres Jesuitas alemanes, que hubieron de abandonarlo al estallar la guerra europea. Recientemente se han hecho cargo de ellos los Padres Jesuitas de la Provincia de Aragón. Encontramos pues bastantes españoles, algunos de los cuales hacía pocos días que acababan de llegar de Manila. Ellos se alegraron sobremanera al saber que entre nosotros había cuatro españoles, no siendo menor nuestra complacencia al hallar en tierras tan apartadas quienes comprendieran la lengua de Cervantes y participaran de nuestros sentimientos y afectos al hablar de la lejana, pero inolvidable Patria.

Hubiéramos deseado salir aquel mismo día para Calcuta; pero en la estación nos dijeron que todos los puestos estaban tomados en los dos trenes expresos que diariamente parten para aquella ciudad; y que para el día siguiente había disponibles sólo diez puestos de segunda y uno de primera. Nos apresuramos a tomar los billetes, y después de trasladar nuestros equipajes desde la Aduana a la estación, no teniendo cosa más perentoria en que ocuparnos, con un sol que daba tres y raya al de un Agosto sevillano, nos dimos a recorrer la ciudad.

Bombay es población europea e india; europea en su parte moderna, que ostenta hermosos edificios y calles anchas y rectas; india en su parte antigua, de casas bajas, de aspecto sucio y poco atractivo, donde vive la población indígena.

Cuenta con más de un millón de habitantes, siendo indudablemente la primera ciudad industrial y mercantil del imperio indio.

Desde el primer momento nos llamó la atención la indumentaria de los indígenas, y el ensordecedor graznido de los cuervos.

Tocante a la indumentaria es sumamente económica, y no creo que en este puerto hayan sentido los efectos de la guerra. Los más se arreglan atando al rededor de la cintura un trozo de tela que en tiempos algo remotos debió ser blanca; estos deben ser los individuos del bajo pueblo.

El traje típico indio consiste en una a modo de sábana sujeta a la cintura, y recogida por detrás después de haberla hecho pasar por entre las piernas. De esta suerte le hacen aparecer por delante como una especie de pantalón, aunque por el reverso queda la pierna descubierta hasta el muslo. Muchos llevan chaqueta. Las mujeres adornan sus orejas, narices y algunas hasta los labios, con aretes de plata, oro o cobre; y hay quien lleva el refinamiento de su coquetería hasta clavarse en la parte exterior, a ambos lados de la nariz, y en todo el contorno de las orejas, pequeñas chapas redondas y labradas de metales más o menos preciosos.

Los anillos no se contentan con llevarlos en los

dedos de las manos, sino que también adornan con ellos los dedos de sus descalzos y sucísimos pies siendo esto común a hombres y mujeres, lo mismo que los zarcillos y los brazaletes en las muñecas y en los tobillos.

Los cuervos con sus desagradables graznidos y su fúnebre color, son animales sagrados para esta gente. Y con cierta razón, pues a ellos deben



La cascada elefante junto a Shillong, Assam.

el que las epidemias no los diezmen más de lo que lo hacen. Nos dicen que la última invasión de gripe, hizo en la India seis millones de víctimas y el milagro es que se contentara con eso, pues dada la suciedad de esta gente y su manera de vivir en casas sin condiciones higiénicas de ninguna clase, y agregando a esto un sol tropical abrasador, (Bombay está a 18° latitud Norte), la mortalidad sería superior a la que acusan las estadísticas, si no fuera porque la Providencia vela por estos hombres descuidados y manda los cuervos que todas las madrugadas comienzan su trabajo de limpieza y desinfección, devorando cuantas inmundicias

hallan en las calles, concluyendo su obra bienhechora antes que el sol asome por el horizonte.

La veneración que estas gentes profesan a sus bienhechores animales es tal, que hay individuos que hacen voto de dejar su cuerpo, para que después de muerto sea pasto de estas aves, en lugar de ser quemado como es práctica general.

Todo ésto nos explica el P. Jesuita que nos acompaña, y muchas otras cosas referentes a las castas de los *parsts*, de los indios, musulmanes, etc. etc., y no acabamos de maravillarnos de la anomalía que ofrecen unas gentes que a pesar de vivir rodeados de la civilización europea, pues Bombay goza de todos los adelantos de las mejores capitales de Europa, a pesar de la ilustración científica y literaria que el Gobierno y los misioneros se esfuerzan en difundir, vivan no obstante tan obcecados y tan fuertemente aferrados a sus absurdas creencias, y a sus pésimos hábitos.

Uno de los Padres Jesuitas que nos acompañaba nos decía con dolor rayano en el desaliento que de los 1300 y más alumnos que frecuentan su Universidad Sta. María de Bombay, apenas unos 250 son católicos; los demás son paganos o musulmanes, sin que haya medio de lograr su conversión, agregando que era sumamente penoso para un sacerdote y para un misionero que ha soñado con difundir el Evangelio por todas partes tener que verse obligado a contentarse por ahora con enseñar las ciencias humanas a unos individuos que no permiten que en sus inteligencias penetre la única ciencia que puede hacerlos felices en el tiempo y en la eternidad.

La noche del 6 se pasó lo mejor que se pudo, unos en el Colegio S. Javier, otros en el Sta. María, y el resto en una fonda. El calor y los mosquitos nos hicieron pasar una *noche de ejercicios espirituales ultravana.*, pero se pasó, y a las cuatro los cuervos nos despertaron con sus graznidos recordándonos, por si el sueño nos lo había hecho olvidar, que nos hallábamos en la India.

A las doce, después de comer, nos dirigimos a la estación. Los Padres Jesuitas, (dos o tres españoles y un italiano), llevaron su amabilidad hasta acompañarnos al tren, ayudándonos a facturar los equipajes y a buscar nuestros departamentos.

Hacia Calcuta.

Llegó por fin la una y media, hora de partida; nos despedimos de los amables Padres, dándoles las más afectuosas gracias por su hospitalidad; ellos nos auguraron un feliz viaje, sonó el silbato de la máquina y el tren se puso en movimiento.

Estos trenes están preparados para largos viajes. En primera y segunda, cada departamento tiene cuatro u ocho asientos que de noche se convierten en camas, en las que si no se descansa tan bien como en colchón de lana, no obstante resultan bastante aceptables.

La primera parte del viaje, mientras se encuentra nuevo el paisaje y los tipos, resulta sumamente interesante; se atraviesan bosques de palmeras, plátanos y cocoteros, lagunas y pantanos que a su tiempo se convertirán en arrozales; por todas

partes se ve una vegetación frondosa, pujante, tropical; de trecho en trecho, se ven grupos de cabañas, con techo de paja y gentes haraposas, desnudas o semidesnudas; rebaños de vacas que pacen tranquilamente, mientras un cuervo, que de su lomo ha hecho observatorio, mira con ojos espantados y dando agudos graznidos al paso del convoy. En los bosques se ven de cuando en cuando monos que se encaraman con su habitual ligereza en las ramas de los árboles, para desde allí curiosearnos a su placer: tal es la escena que se ofrece desde Bombay a Calcuta en una extensión de más de 3000 km.

En las cercanías de esta ciudad se nota más la influencia de la mano del hombre en la vegetación. Los campos están más cultivados, se ven grandes plantaciones de caña de azúcar y de arroz.

En la ciudad de Calcuta.

El 8 a la once y media llegamos a Calcuta. Previamente avisados por telégrafo hallábase esperándonos en la estación dos Padres Jesuitas, que nos dieron la bienvenida en nombre del Excmo. Sr. Obispo y de toda la Comunidad. Con previsora atención habían llevado a la estación un magnífico camión automovil, donde nos instalamos con nuestros equipajes, y haciendo de chauffer uno de los mismos Padres, nos dirigimos al Colegio de S. Javier, magnífica Universidad, regida por los Padres, que entre internos y externos, cuenta más de mil alumnos. Desgraciadamente ocurre lo que en Bombay, que de ellos una parte muy insignificante son católicos.

Fuimos amabilísimamente recibidos por el Reverendo P. Rector y Comunidad, que durante los días que permanecemos en Calcuta nos colmaron de toda suerte de agasajos. Nos acompañaron a ver la ciudad, el museo de antigüedades indias, el Victoria Memorial, el Mercado, uno de los sitios más típicos de Calcuta, el Parque zoológico, la Catedral católica y cuanto de más notable ofrece esta interesante población.

El Excmo. Sr. Obispo quiso que nuestro Superior fuera su huésped durante todo el tiempo que permaneciera en Calcuta.

Esta es la ciudad más populosa de la India con más de millón y medio de habitantes. Es más aristocrática que Bombay; no obstante los cuervos y milanos no dejan de tener trabajo todas las mañanas.

Es puerto sobre el río Hooghly, afluente del Ganges y como él río sagrado.

En sus aguas por tanto se ve continuamente una innúmero muchedumbre de personas que acuden a bañarse para purificarse de sus pecados. ¡Pobres gentes, están llenas de supersticiones! Es también curioso ver las vacas por las calles. Son miradas con el mayor respeto; se les cede la acera que ellas, acostumbra a tales miramientos aceptan siempre, y si al paso hallan puestos de frutas, hortalizas etc., y como es natural se les antoja probarlas metiendo su hocico, no hay cuidado que nadie se lo impida.

Las usan, no obstante su carácter sagrado, para

las carretas, y a diferencia de las nuestras de Europa, corren bastante. También se ven muchos búfalos.

En el parque zoológico hay magníficas y abundantes muestras de la fauna india, sobre todo de Bengala, hermosos ejemplares de tigres, osos, caimanes, serpientes sumamente venenosas y que la gente del campo venera con mucha reverencia, e infinidad de monos. También es variada y magnífica la colección de aves, no debiendo pasarse en silencio una inmensa multitud de murciélagos, algo mayores que los de Europa, que se ven pendientes de las ramas de los pinos en larguísimo racimos.

El miércoles después del medio día, habiéndonos despedido del Excmo. Sr. Obispo, acompañados por varios Padres de la Comunidad — que, lo mismo que a la llegada, pusieron a nuestro servicio su autocamión — nos dirigimos a la estación, para tomar el ferrocarril que había de conducirnos a nuestro destino. Dimos las gracias a los PP. Jesuitas por su amable hospitalidad, que la llevaron hasta acompañarnos al tren, dándonos útiles instrucciones para el viaje y no dejándonos hasta que hubo arrancado el convoy. A la una de la tarde del miércoles 11 emprendimos la última etapa de nuestro viaje.

Del paisaje habría que repetir lo dicho acerca del trayecto de Bombay a Calcuta, por lo que no me detendré en describirlo.

El 11, a media mañana, llegamos al Bramaputra, uno de los principales ríos que riegan la India, y que fertiliza las regiones de Assam y de Bengala. Aquí es preciso dejar el tren para tomar el vapor que ha de conducirnos a la otra orilla, pues la anchura del río hace difícil y costosa la construcción de un puente.

En la cubierta del vapor tenemos la comida, que resulta tan poética y amena como se puede imaginar; estamos en la entoldada cubierta de un buque anclado en uno de los más caudalosos ríos del Oriente, servidos por indios, la negrura de cuyas caras y manos hace contraste con los blancos turbantes y largas túnicas que les cubren hasta los desnudos pies, sujetas a la cintura por ancha faja escarlata. Las exclamaciones de admiración, de extrañeza; los comentarios de todas clases, sugeridos unos por la naturaleza del espectáculo otros por la novedad de la comida, parte estilo inglés, parte estilo indio, con el imprescindible arroz « curry » al que aun no nos hemos podido acostumbrar, a pesar de que varias veces nos lo han servido durante el viaje por mar, amenizan este almuerzo, ya de suyo original.

Cuando nos hallamos a mitad de él, otro buque se acercó al nuestro, y empujándolo suavemente,

en menos de un cuarto de hora lo condujo a la otra orilla.

Hémos aquí, pues, en Assam. En el desembarcadero nos espera el Jesuíta Padre Lefebre, actual Vice Administrador Apostólico de esta Misión, por el Arzobispo de Calcuta. Nos saluda con el mayor afecto, da él mismo las órdenes oportunas para que nuestros equipajes sean descargados y transportados a Shillong, ya que nosotros no podremos



La primera lección de catecismo.

ir allá hasta mañana, y en el autocorreo de Pandú nos dirigimos a Ganhati, donde tenemos una hermosa residencia. El Padre Jesuíta encargado de esta misión se halla ausente, recorriendo su distrito, y el P. Lefebre hace los honores de la casa, que es un bonito chalet de dos pisos.

Nos hallamos en una verdadera casa india, tal como la veíamos entre sueños, al leer las descripciones de los misioneros. Ganhati es la ciudad más importante de Assam, de la que ha sido capital: hállase a orillas del Bramaputra. Su clima es tropical, pues se halla a unos 25° de lat. Norte. Se ven por todas partes palmeras con tiestos en la copa para recoger el vino de palma, cocoteros,

bananos y papayás, árbol que no conocía, de regular tamaño con hojas anchas y peludas que salen directamente del tronco, parecido a una gigantesca malvaloca y que produce unos frutos que como las hojas proceden directamente del tronco, de forma y tamaño de pequeños melones de gusto dulzón, muy agradable al paladar... de estas gentes, pero que la generalidad de nosotros lo hemos encontrado algo nauseabundo. También crece en abundancia el naranjo, cuyo producto es algo mayor que nuestras mandarinas, aunque no tan sabrosas.

El terreno de la misión es bastante grande, tiene una casa para el misionero, otra que servía para las monjas que aquí tenían una escuela de niñas, la iglesia bastante capaz y la casa para las personas se servicio.

A causa de los frecuentes terremotos que azotan esta región, las casas no las hacen de importancia, sino que como medio metro elevado del suelo forman con gruesos listones de madera armazón o esqueleto y una vez así armada hasta el techo, construyen las paredes o mejor dicho, tabiques con cañizo de bambú que revisten por dentro y por fuera de una capa de yeso.

Los techos, al menos de las casas de más viso, suelen ser de chapa ondulada, y como ésta produciría un excesivo calor en verano, lo aíslan con un cierto raso de madera; las casas de los indígenas tienen sólo un techo de paja. De ordinario al rededor de las casas de los europeos hay una ancha galería que preserva el interior de los rayos directos del sol.

En Ganhati, lo mismo que en toda la llanura de la región de Assam, nos dicen que en verano hace un calor irresistible; actualmente no es excesivo, y de noche sentimos verdadero frío. El rocío es tan abundante que parece como si hubiera llovido toda la noche.

Después de tomar un ligero refrigerio, acompañados del P. Lefebre, dimos un paseo por la población y sus alrededores, hasta la noche. Para dormir nos arreglamos lo mejor que pudimos porque es natural, que en una casa preparada para uno o para dos sea difícil hallar comodidad para doce.

El viernes por la mañana a las 4 ya estábamos en planta contándonos las impresiones de la primera noche pasada en nuestra misión: unos habían oído los chacales, otros no habían podido dormir a causa del frío y los mosquitos, a pesar de los mosquiteros que tuvieron la amabilidad de proporcionarnos. A las cinco habíamos dicho todos la Sta. Misa, la primera en tierra de nuestra jurisdicción; tomamos inmediatamente el café y nos dirigimos a la parada del automóvil que debía conducirnos a Shillong, capital de la región y de la Prefectura Apostólica de Assam.

Nos habían advertido que el paisaje durante casi todo el trayecto de 60 millas inglesas que median entre Ganhati y Shillong, era bellissimo y efectivamente hallamos que merece este calificativo y, aún otro que hubiera más encarecedor. La región de Assam tiene próximamente unos 160.000 kilómetros cuadrados con sólo 7 millones

de almas, densidad de población muy reducida; los naturales, por otra parte, no pasan de trabajadores, así es que la naturaleza, bella, majestuosa, imponente, campea dominadora por todas partes.

Para ir de Ganhati a Shillong es preciso subir de la llanura, hasta una montaña de unos 1.500 metros, próximamente: se pasa, pues, gradualmente y en el espacio de 7 horas, de una zona casi tórrida, a una zona templada, y la vegetación va marcando, admirablemente, este ascenso. Al principio bosques de bananos y palmeras, y árboles cuyo nombre es todavía desconocido, y uniéndolos a todos y estrechándolos en amigable abrazo, robustas plantas trepadoras; más adelante las palmeras se hacen escasas, los bananos apenas si se columbran de cuando en cuando, abundan en cambio grandes árboles, y al llegar a la zona de Shillong, las plantas nos son todas familiares.

El bosque está constituido por espesos pinares silvestres, altísimos, espesos, árboles parecidos al roble, que a causa de la sombra que los envuelve han crecido hasta hacer competencia a los vecinos pinos y hermosos helechos arborescentes, con tronco de más de medio metro de longitud. Bellísimo y variado paisaje que nos hace olvidar las aperturas que supone el estar siete mortales horas embutidos en los asientos de un automóvil que participa de todas las desventajas y acaso superando a sus hermanos de Europa.

Episodios de las misiones

El infanticidio en China.

Son conocidos de todo el mundo los grandes estragos que en la China produce el infanticidio. En ciertos lugares, a duras penas consienten en criar a alguna niña; todas las demás que nacen son despiadadamente inmoladas como seres inútiles o por economía o por escrúpulos de abominables supersticiones.

Cierto día — así me contaba nuestro buen Padre Pasotti — oí gritos lastimeros cerca de mi residencia, me asomé a la ventana y, con gran sorpresa mía, ví a los vecinos de una casa próxima correr como locos de la una a la otra parte de su choza, como si persiguieran a un individuo que, con torva y horrible desenvoltura, gesticulaba y daba voces desaforadas como si estuviera endemoniado.

¿Qué sucedía?

Había nacido en aquella familia una hermosa niña, pero la madre desgraciadamente yacía en el lecho enferma.

La suegra, mujer supersticiosa por excelencia, mandó llamar al adivino, quien, hechas sus

acostumbradas ceremonias, según lo requería el caso, declaró solemnemente que el espíritu de la recién nacida infestaba toda la casa y que era menester alejarlo de allí a todo trance; con esto quedaron explicados los gritos y las corridas de una a otra parte, pues pretendían de ese modo arrojar a aquel maligno espíritu para salvar a la enferma.

Pasados algunos días, como ésta no mejorase, el adivino fué de nuevo consultado, determinando que si se deseaba que la madre viviese era menester que la hija desapareciera... Y así se hizo.

A la mañana siguiente, un niño cristiano se dirige a la residencia y, golpeando la puerta, reclama la presencia del Padre con instancia, diciendo: « Ven, Padre, conmigo a la choza que yo te indicaré, que allí hay un niño que está próximo a morir ».

El misionero sigue con toda premura a aquel angelito y encuentra, bajo un miserable cobertizo junto a la choza, una cestita colgada de una viga como a la altura de la mano y dentro, cubierta con miserables hojas, la desventurada víctima de la superstición. Habíanla colocado allí a la inclemencia de una noche de intenso frío, y casi diría, de hielo. Como por allí se encontraba guardando sus vaquitas aquel niño, oyó los lastimeros vagidos de la criaturita y por eso se apresuró a llamarme, compadecido de la desgracia de aquel su semejante.

Descolgué — decía mi querido hermano — con mano temblorosa aquel canastito; separé suavemente las hojas y apareció a mi vista aquella pobrecita niña que, con leves pero frecuentes contorsiones, daba señales evidentes de que pronto moriría.

Me apresuré a bautizarla, y, así, dichosa, sin comprenderlo, cambió una vida llena de amarguras y dolores por otra de inefable gloria y amor infinito.

Este hecho es uno de los muchos que a diario suceden en China; hechos a montones que los anales de la Infancia nos narran con espeluznantes circunstancias. Los mismos chinos anatematizan tan bárbara costumbre y no faltan algunos, más generosos, que se esfuerzan por desarraigarla y no pudiendo esto último, al menos disminuir semejantes hechos; pero sus esfuerzos inauditos, no sostenidos por la caridad cristiana, se estrellan con frecuencia contra las mil y mil formalidades burocráticas sin resultados prácticos o a lo sumo, lo que hacen es abrir establecimientos, a los que esos seres abandonados, son llevados a morir sin el fastidio de sus familias. Esto es lo que hace la caridad pagana. ¡Cuán diferentes son los frutos de la caridad cristiana! A muchos de estos seres, la muerte

temporal se les cambia en una vida eterna, si a tiempo se les administra el santo bautismo. Este es el deseo del misionero; pero esto no basta; hondamente conmovido el corazón del misionero al contemplar el estado de abandono en que se encuentra la infancia pagana de una nación, quizás la más extensa del mundo, excogita los medios para abrir asilos, orfanatos u otros establecimientos benéficos para cobijar en ellos a esos pequeñuelos desheredados de la fortuna y abandonados por sus progenitores. En toda cristiandad procuramos instruir a algunos, para que en caso de necesidad puedan ellos administrar el santo bautismo. Donde se puede, se abren asilos. Grandes e inmensos son los sacrificios que se imponen los misioneros, pero su acción se ve frecuentemente muy limitada por falta de recursos.

Por otra parte, es muy sensible que por escasez de medios su labor bienhechora se reduzca a estrechos límites y que su corazón se vea obligado a grande violencia, para no desconfiar de la divina Providencia, pensando en el bien inmenso que no llegan a hacer por falta de medios.

Hoy por hoy, nuestra misión carece en absoluto de lo necesario para abrir esos asilos de los que sucintamente hemos hablado. Por eso no hemos podido establecer aquí las Hijas de María Auxiliadora que, cual ángeles del consuelo, prodiguen a esas infelices criaturitas las ternuras maternas de las que tan injustamente se ven privados, por negarse a ello aquellas que tan divina misión recibieron al ser sus madres.

Por la escasez de recursos, si bien con gran dolor de nuestro cristiano corazón, nos vemos obligados a no recibir a muchos niños que, a escondidas, depositan a la puerta de nuestra residencia. El corazón más fuerte se estremece ante semejantes realidades, réstanos tan sólo el consuelo de bautizarles, ya que por el momento no les podemos de otra manera socorrer.

LUIS VERSIGLIA, Obispo titular de Caristo y
Vicario Apostólico de Shiu-Chow.

En los vestidos procurad en cuanto sea posible la sencillez y la modestia: ellas son el mejor realce de la hermosura, y el disjraz de la fealdad.

No hay finura, ni mejor ni más deseable, que la misma sencillez.

S. Francisco de Sales.



CULTO de María Auxiliadora

Nós tenemos la persuasión de que, en las vicisitudes dolorosas de los tiempos que atravesamos, no nos quedan más consuelos que los del Cielo, y entre éstos, la poderosa protección de la Virgèn bendita, que fue en todo tiempo el Auxilio de los Cristianos.

PIO X.

El primer cantor de María SS. Auxiliadora.

Carta abierta del insigne Cooperador Salesiano D. Juan Marin del Campo a D. Antonio Reyes Huertas

Queridísimo amigo Antonio Reyes Huertas:

Uno de estos días te enviaré por la posta y bajo pliego certificado la VIDA POPULAR DE DON BOSCO, que escribió el literato chileno y presbítero salesiano don Camilo Ortúzar que, amén de apóstol de Don Bosco y de la Santísima Virgen, fué insigne literato que con tanta gloria de las letras españolas y de la pureza de nuestra rica lengua castellana (que tan garbosamente manejas tú), figura en el mismo coro que Baralt y Capmany, Garcés y el Padre Juan Mir, enemigos irreconciliables de todo linaje de galicismos y barbarismos.

Item más: También te enviaré un folleto en alabanza de María Santísima Auxiliadora, y, finalmente, los dos triunfales himnos sáficos y fiesta triunfal de Nuestra Señora.

Con estas tres cosas de poco bulto, pero de mucha enjundia, basta y sobra para que tu corazón de cristiano y de poeta se inflame de entusiasmo y se calde para que logres en buen hora y al amparo de la Santísima Virgen dar gloriosa cima a la empresa que voy a proponerte para gloria de María y para gloria de tu egregio paisano el Padre Arévalo, que fué el autor insigne de esas dos magníficas odas sáficas del Oficio litúrgico referido.

De sobra conocerás, amigo Reyes, la vida y las andanzas de nuestro Padre Arévalo; pero como hay mucha gente salesiana que no le conoce, pero que tanto goza siempre con todo lo que dice relación con la amadísima VIRGEN DE DON BOSCO, bueno será que ya que en estas epístolas abiertas te van conociendo a tí, vayan conociendo también a ese otro varón ilustre de Extremadura, que se bautizó en la misma pila de tu parroquia y pueblo, y que fué el primer cantor (y gallardísimo cantor a quien nadie ha superado todavía) de nuestra Reina y Madre María Santísima Auxiliadora.

Lástima grande que nuestro Menéndez y Pelayo no escribiese (como nos lo tenía prometido) aquella

obra histórica y literaria, de la cual nos dió la traza en el capítulo segundo del libro VI de los « Heterodoxos Españoles ».

Habla allí el gran polígrafo de la inicua y despótica, bárbara y herodiana expulsión de los Jesuitas en los aciagos días de Carlos III, y escribe estas palabras:

« En lo que no han insistido bastante los adversarios de la expulsión, y será en su día objeto de historia particular, que yo escribiré, si Dios me da vida, es que aquella iniquidad, que aún está clamando al cielo, fué al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero para la cultura española, sobre todo en ciertos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y oscurantista contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalmente el que España (contando Portugal) sea hoy, fuera de Turquía y Grecia (aunque nos cueste lágrimas de sangre el confesarlo), la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina seria, sobre todo en la Filología clásica y en los estudios literarios e históricos que de ella dependen ».

Libros enteros se han escrito (añade Menéndez y Pelayo) acerca de la Bibliografía de aquellos Jesuitas expulsados; pero, ¿quién podrá enumerarlos a todos: Por lo cual, y en dos páginas elocuentísimas nombra, con particular mención honorífica, a unos cuantos de entre los más sobresalientes: al Padre ANDRÉS, creador de la historia literaria: a HERVÁS y PANDURO, cuyo glorioso nombre es legión; al gran MASDEU, a cuyo aparato de erudición no iguala ni se acerca ninguno de nuestros historiadores; al popularísimo Padre ISLA, al excelso Padre ARTEAGA y a otros veintiocho escritores de la misma cepa, entre los cuales figura en noveno lugar el Padre ARÉVALO, de quien escribe el gran polígrafo que « es luz de nuestra historia eclesiástica y de las obras de nuestros

Santos Padres y poetas cristianos, obras que ilustró con Prolegómenos tan inestimables como la « Isidoriana » o la « Prudentiana », prolegómenos que Huet o Montfaucon o Zaccaria no hubieran rechazado por suyos ».

Este Padre Arévalo, cuyo nombre era Faustino, nació en la villa extremeña de CAMPANARIO, a 29 de julio del año de 1747; ingresó en la Compañía de Jesús el 24 de septiembre del 1761, y antes de cumplir los veinte abríles fué expulsado de su patria y desterrado a Italia como todos los demás españoles que eran hijos de San Ignacio. Allí (dice la crónica) « se dió a los óptimos estudios », en cuyo cultivo dió con feliz suceso muestras gallardísimas de un ingenio sobresaliente. Allí el gran Cardenal Lorenzana, Arzobispo de Toledo, enamorado del mucho saber de este religioso, le recibió en el gremio de sus amigos más íntimos; y fué así que al morir el eminentísimo Prelado, nombró cabezalero y comisario suyo a nuestro Padre Arévalo. El cual, por ser tan gran humanista y tan consumado poeta latino, fué nombrado por la Santidad de Pío VII, y por sabio consejo del Cardenal Della Somaglia « Hymnógrafo » pontificio. Y como, amén de humanista y poeta, era preclarísimo teólogo, mereció también que el Cardenal Di Pietro (verdadero príncipe de la Teología) le nombrase teólogo de la Sagrada Penitenciaría Romana y censor de la Academia de Religión.

Allí en la Ciudad Eterna, escribió a los treinta y nueve años y dió a luz la magnífica Hymnodia Hispanica, acomodada a las leyes de la métrica latina y al canto. Allí la magnífica y eruditísima disertación en que abogaba por el establecimiento de la fiesta españolísima de la Conversión de Recaredo y de la gente goda, y cuyo espléndido oficio tejió a las mil maravillas; fiesta y oficio que felizmente ya están encartados en el rezo de las fiestas y de los santos. Allí, en fin, publicó e ilustró « quam accuratissime » (dice la crónica) muchas obras de nuestros antiguos escritores, entre las cuales sobresalen las de nuestro gran San Isidoro, en siete tomos (que se publicaron por mandato y a expensas del siempre espléndido Cardenal Lorenzana), y las obras de nuestro Juvencio, que es el más antiguo de los poetas cristianos; las del insigne Draconio, y las nunca bien ponderadas de nuestro Aurelio Prudencio, « el de los versos de hierro celtibérico ». Muy grande fué la gloria que el Padre Arévalo mereció con todos estos libros.

Cuando fué restaurada entre nosotros la Compañía de Jesús en los días de Fernando VII, se restituyó por fin a España, a los sesenta y seis años de edad el Padre Arévalo; y por cierto que a su partida hicieron gran sentimiento de ella, no solamente el Cardenal Di Pietro, sino la Santidad de Pío VII, por ver privada a la ciudad de Roma de un teólogo de tanta cuenta y nombradía.

Hasta los setenta y siete años de edad vivió muy contento el venerable anciano en Loyola (solar y cuna de San Ignacio, de quien era devotísimo), y en aquella santa casa fué maestro de novicios y Rector. Murió en Madrid, a 13 de junio de 1824.

Este, pues, fué el autor de la Oración de la Lección sexta y de los magníficos himnos del oficio

litúrgico de María Santísima AUXILIADORA, cuya solemne fiesta haba sido instituída (como la Iglesia lo dice y como adelante se verá) por la Santidad de Pío VII, para conmemorar perpetuamente el poder de la Virgen, manifestado « en el lance más único y más singular de la Historia de la Iglesia ».

Por manera que hoy que la « Pía Congregación Salesiana de Don Bosco está ya tan prodigiosamente extendida por todo el mundo; hoy que tantas casas, altares, oratorios y templos tiene María Auxiliadora en todas partes; hoy que a todas horas puede decirse que está resonando en algún lugar de la tierra la Oración litúrgica a María Santísima AUXILIUM CHRISTIANORUM, es gloria inmarcesible del solar de Loyola y de España entera, particularmente de Extremadura y mayormente de la villa de CAMPANARIO, tu pueblo natal, que el primer cantor (y ya para siempre cantor perpetuo) de la Santísima Virgen de Don Bosco, sea un Jesuita español y un extremeño ilustre, tan teólogo, tan erudito y tan sabio como tu egregio paisano el Padre Faustino Arévalo.

A su glorioso nombre va siempre estrechamente unido por el lazo dulcísimo y perenne del arte cristiano, el nombre inmortal de otro personaje histórico. De entrambas glorias quisiera yo que fuese también participante el nombre de don Antonio Reyes Huertas. A cuento de lo cual quiero hacerte sabedor que uno de los pocos grandes hombres que todavía viven en el mundo es el Cardenal CAGLIERO, el cual, juntamente con don Rúa, con el santo niño Domingo Savio, y con nuestro venerable y sin par Don Bosco, forman en el firmamento de la Iglesia la constelación más esplendorosa de la gran Congregación Salesiana.

Pues bien; este Cardenal CAGLIERO, gloria de la Iglesia gloria de los siglos XIX y XX, y gloria inmarcesible de la civilización cristiana, es el gloriosísimo Cardenal cuyo nombre va unido por el lazo del arte al de nuestro Padre Arévalo.

Gracias de María Auxiliadora

VILLA-CARLOS (España-Menorca). — En cumplimiento de mi deber, había ido varias veces a casa de una enferma que, desahuciada por los médicos, se hallaba en peligro de muerte, mas siempre inutilmente; obstáculos insuperables se oponían a que pudiese ver a la enferma. Yo no sabía que hacer para conseguir mi intento, cuando me asalta la idea de acudir a la que es « Salud de los enfermos » y « Auxilio de los Cristianos ». Salgo a celebrar la santa Misa a su altar, y le pido muy de veras que no permita que, por el falso temor de espantar a la enferma, muera esta sin Sacramentos, prometiéndole, caso de obtener esta gracia, publicarla en el *Boletín Salesiano*, para que por todos sea alabada su misericordia.

¡Cosa singular! No habían transcurrido dos horas después de la Misa, cuando vienen a llamarme de parte de la enferma, quien, sin que nadie le sugiriese nada, quiso inmediatamente confesarse y recibir el santo Viático y la Extremaunción.

Es más: nuestra dulce Madre, que no hace las cosas a medias, no se contentó con darle los medios para la salud del alma, sino que devolvió a la enferma la salud del cuerpo, a pesar de los esasperantes pronósticos de los médicos.

¡Gracias, Madre mía! Que todo el mundo celebre vuestras bondades!

ANTONIO J. TABERNER, *Párr. co.*

CIUDADELA (Menorca). — Madre mía amantísima, os doy gracias de todo corazón, agradecidísima al inmenso beneficio que me otorgasteis al invocaros y pedir vuestro auxilio en un grande apuro en que corría peligro mi vida. Hago público mi agradecimiento a tan bondadosa Madre por este favor y por las muchas veces que me ha protegido visiblemente.

PILAR DE DESPUJOL DE OLIVAR.

S. CRISTÓBAL (Menorca). — Sumamente afligida a causa de unos agudísimos dolores en una mano y temerosa de un resultado fatal, acudí a mi buena Madre, María Auxiliadora, prometiendo hacer celebrar una misa en su honor si el mal cedía; y María escuchó mi plegaria haciéndolo desaparecer antes de que se terminara una novena que hice en su obsequio. Cumplí mi promesa haciendo publicar la gracia, deseando que aumente cada día la confianza en tan Buena Madre.

MARIA BARBER.

S. FERNANDO (Cádiz). — Recibidos los Santos Sacramentos después de varios días de gripe, desahuciada por el médico, dos veces, recomendada el alma y sin pulso, pasé soñolienta y casi sin sentido una noche, sin esperanza de llegar a la mañana siguiente.

¡Qué sorpresa la del facultativo a su visita matutinal!

— Hay enferma todavía, dijo. ¿Cómo ha sido este cambio?

— Toda la noche, contestó la enfermera que me había velado, ha pasado repitiendo adormilada e inconsciente: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

La mejoría continuó, y hoy gozo de completa y robusta salud, gracias a la Virgen de Don Bosco. El amor a la Virgen *Auxiliadora* es un medio eficaz para obtener sus favores.

ANGELES GARCIA.

MÁLAGA (España). — De resultas de una operación mal hecha, mi esposo se hallaba en mal estado, para salir del cual era necesario operarle de nuevo. Como me apenaba el tenerlo que ver operar otra vez, con las contingencias consiguientes, recurri a María Auxiliadora con todo fervor para que le sanara sin necesidad de operarlo más. La Virgen Santísima me escuchó y yo hago público mi agradecimiento.

A. S.

MÁLAGA (España). — Estaba desde hacía algunos días agobiada por el peso de una tribulación, debida al mal estado de salud de mi madre que nos hacía temer próximo fin. Acudí con fervor a María Auxiliadora y empecé una novena, prometiendo si desaparecía por completo todo peligro, visitar su santuario y hacer pública la gracia. Obtenida la gracia, cumplo gozosa mi promesa.

P. P.

AZCOITIA (Guipuzcoa). — Hace cosa de tres meses me salieron una especie de granos en el interior de la garganta que no permitían ni pasar la saliva y dificultaban hasta la respiración. Consulté al médico que me aconsejó una operación, a que se opuso la madre, que con grande fe puso mi curación en manos de María Auxiliadora. A la mañana siguiente, que se decía una misa para más obligar a la Virgen, yo me levantaba completamente bien, pues la erupción de los granos había desaparecido.

Agradecido hago público mi reconocimiento.

JUAN PUERTAS.

GALDAR (Canarias). — Tenía una hija mía gravemente enferma, hacía ya bastante tiempo, sin que médicos ni medicinas lograran atajar el mal y procurarle mejoría. Convencida de la protección de María Auxiliadora, por otros favores recibidos, acudí a Ella, pidiéndole me curara a la hija. Empecé una novena, y al terminarla mi hija estaba fuera de peligro y casi bien del todo, en franca convalecencia. Envío una limosna como muestra de agradecimiento y ruego publiquen la gracia.

DOLORES MENDOZA.

Pamplona (Colombia), 21 diciembre 1922.

Rdo. P. Superior de los Salesianos:

Con gran satisfacción comunico a V. R. el siguiente prodigio: Nuestra madre, María de los Angeles Gandica de Bautista, enfermó el 14 de julio de demencia, a causa de un tumor que se le desarrolló hace 18 años, y entonces estuvo lo más mo. Estando en julio último, como ya dijimos, loca furiosa, nuestra angustia crecía, pues no podíamos del todo atenderla. Acudimos a Sta. Elena de la Cruz y quedó unos días calmadita, empezando a la vez una novena a María Sma. Auxiliadora, confiando que mejoraría a la enferma. En esa ocasión, una persona devota de la Virgen de Don Bosco nos aconsejó que ofreciéramos una limosna en favor de la Obra Salesiana, y publicar la gracia en el *Boletín*, si era conseguida. Nuestra pobre madre no daba señal de mejoría; tal vez la Virgen quería así probar nuestra fé. Acordamos ponerle una medallita de M. A., sin resultado. Seguimos suplicando y renovando la novena, y hoy, que escribimos la presente, lleva dos meses de continuada mejoría, y confiamos que nuestra celestial Madre completará cuanto antes la mejoría de la querida enferma, para así proporcionarnos por más tiempo su amada presencia.

Aquí mandamos un peso oro, como cumplimiento de nuestra promesa, enviándolo por el

digno conducto del Sr Decurión Salesiano, D. Clodomiro Ilanes.

ABIGAIL y ROSALIA BAUTISTA.

SANTANDER GUADALUPE (Colombia). — Estando yo gravemente enferma de fiebre tifoidea y desahuciada por el médico que me visitó, y mi familia acojorada con la perspectiva de un funesto desenlace, vinieron a visitarme las hijas de María Auxiliadora que me aconsejaron recurrir con fe a la Virgen de D. Bosco, que tantos y señalados favores concede.

A ella me dirigí con toda confianza, empezando una novena con mi familia. Enseguida comencé a mejorar y hoy me hallo completamente bien. Envío como testimonio de mi gratitud una limosna y pido se publique en el Boletín la gracia.

JULIA ELVIRA TORRES.

SOCORRO (Santander-Colombia). — El 1º de junio de 1921 cayó mi esposo Bonifacio Vargas postrado por una enfermedad tan delicada como grave, que dada su avanzada edad, según dictamen de tres médicos, no había esperanza de salvarle la vida. Ante tan terrible expectativa, invoqué llena de fe a María Auxiliadora, porque lo que es imposible a la tierra, al cielo no lo es. Quizá para poner a prueba mi fe siguieron doce días de angustioso estado, a pesar de muy dolorosos tratamientos; la gravedad aumentaba, y cuando ya el desenlace fatal se aproximaba, redoblé mis ruegos con mayor confianza y la Reina María Auxiliadora tuvo a bien oírlos porque milagrosamente la enfermedad cedió y al cabo de un mes se le vió, con sorpresa general, entregado de nuevo a la dirección de los trabajos de la Catedral en construcción. Había ofrecido una limosna de (\$ 0,50) cincuenta centavos, pero hoy llena de gratitud envió un peso (\$) para su culto en el Santuario de Turín.

CANDELARIA JAMAYO DE VARGAS.

SOCORRO (Col.) — Como para que brillara más la influencia protectora de la que es Auxilio de los cristianos, mi madre estuvo a punto de morir en octubre de 1920, desahuciada por un médico afamado, cuando la invoqué suplicándole le concediera la salud. Inmediatamente empecé la novena llena de confianza; habían trascurrido ya ocho días de afanosa expectativa, porque la gravedad había llegado a su mayor grado, y al llegar el último día de la novena, empezó visiblemente a recobrar la salud, causando asombro a todos e increíble gratitud de la familia hacia María Auxiliadora por tan patente favor. Hago público mi agradecimiento a tan bondadosa Madre y reconociendo su devoción como fuente de consuelo y esperanzas en los trances de la vida.

MERCEDES L. DE PATIÑO.

SOCORRO (Col.) — Una niña, hija mía, sufrió, en abril de 1922, un violento acceso que le produjo convulsiones muy fuertes, acompañadas de otros síntomas que denunciaban un caso de meningitis, al decir del médico, pero tan grave, que no había humanamente esperanzas de que sobreviviera.

Invoqué al Redentor y a su Madre en sus advocaciones de Cristo de Limpias y María Auxiliadora y ellos tuvieron la bondadosa dignación de prolongar la vida de la enfermita, concediendo así un gran consuelo a sus atribulados padres, por lo cual cumplo con el deber de hacer público mi testimonio de agradecimiento.

JULIO CESAR PATIÑO.

BARRANQUILLA (Colombia). — Cumplo gustosa la promesa de mandar decir una Misa, dar gracias en el *Boletín* y enviar una limosna en acción de gracias a María Auxiliadora por dos señalados favores, y le pido su poderosa protección y su santa bendición para mí y todos los míos.

DOMINGA DAVILA DE CORREA.

BUENOS AIRES (Argentina). — Hacía cuatro años que un hermano mío ya no confesaba ni comulgaba. Entristecido yo por verle en el camino del mal, lo encomendé a María Auxiliadora de los cristianos y comencé una novena, comulgando los nueve días seguidos. También prometí publicar la gracia en el *Boletín Salesiano*, si la obtenía. El mismo día que hice la promesa, ya mi hermano me acompañó a la iglesia, cosa que antes no había querido hacer, y se confesó juntamente conmigo, y al otro día recibió la sagrada Comunión.

¡Mil gracias, Madre querida!

FRANCISCO SALUZZO.

BUENOS AIRES (Argentina). — Te doy infinitas gracias, oh María Auxilio de los Cristianos, por el beneficio grandísimo que nos has hecho. Te ruego ahora nos concedas otro favor y nuestra deusa para contigo será eterna.

Tu devota hija E.

PAYSANDU (Uruguay). — Encontrándose mi mamá gravemente enferma y debiendo ser sometida a una dolorosa operación, los médicos temían una complicación de consecuencias fatales. Dada la avanzada edad de la enferma, todos los de la familia temíamos perderla; en estas circunstancias angustiosas, me encomendé a María Auxiliadora, prometiéndole publicar la gracia, si nuestra querida mamá recobraba la salud. La Virgen de D. Bosco oyó mis súplicas, y hoy, agradecida a nuestra celestial Madre, cumplo mi promesa y envió una pequeña limosna para el Santuario de María Auxiliadora.

MARIA MOLINARI.

CÓRDOBA (Argent.-América). — Me encontraba muy trabajada por un pertinaz y molesto reuma que me impedía atender a mis obligaciones. Acudí a los remedios que en otras ocasiones me dieron buen resultado, pero esta vez no conseguí ninguna mejoría. Como los médicos no supieran qué recetar, para que surtiera efecto, me dirigí a María Auxiliadora para que me atendiera y sanara. ¡Cosa admirable! Sin aplicarme más remedios, ni abstenerme de alimentos que otras veces me perjudicaban, me ví al poco tiempo bien del todo. Como esta buena Madre, María Auxiliadora, me ha concedido otras

gracias en distintas ocasiones, yo, agradecida, lo hago público en el *Boletín* y envío de mi pobreza dos pesos para el Santuario.

RAMONA ARRÉQUEZ.*

Dan también gracias a María Auxiliadora:

Alcocer (España). A. Gómez, agradecida a la Virgen de Don Bosco por favores que le consiguió, envía la limosna de 10 pesetas y otras 5 para alcanzar otra gracia.

Castillo de Alvarañez (España). — Trinidad Bueno hace la ofrenda de 5 pesetas por un favor conseguido mediante la intercesión de María Auxiliadora.

Valdecolmenas de Abajo (España). — María de Jesús Martínez y Tomás Sáiz, hacen público su agradecimiento a la Virgen por haberlos favorecido en sus necesidades, y envían una limosna para la Obra Salesiana.

Málaga (España). — Dña. Asunción N. de Lacave da gracias a María Auxiliadora por favor recibido y envía limosna.

Pontevedra (España). — Dña. Peregrina Pineiro ruega se publique su agradecimiento en el *Boletín* por gracias recibidas.

Barcelona (España). — Dña. Angela Coll da rendidas gracias a María Auxiliadora y envía limosna, por haber obtenido la curación de su hijo, que estuvo a punto de muerte.

Alta Córdoba (América). — Dña. María Angélica Funes envía una limosna, y da gracias a María Auxiliadora por haber conseguido un señalado favor para su hermano.

Socorro (Colombia). — Dña. Dominga Uribe Francisco da gracias a María Auxiliadora y envía limosna de cinco pesos en reconocimiento de favores recibidos.

S. Nicolás de los Arroyos (Argentina). — D. Julio y Hortensia Ghione agradecen a María Auxiliadora los favores recibidos; id. M. R. de P. por varias gracias.

Oncativo Prov. de Córdoba (Argentina). — Dña. María P. de Bonangelino agradece a María Auxiliadora una gracia obtenida para su hijo Santiago.

Acevedo (Buenos Aires). — Dña. Dominga T. Vda. de Calondu, da gracias a María Auxiliadora por haberle sanado un hijo enfermo; id. Dña. Cándida M. Calandri, por haber obtenido la salud de su hermano.

Entusiasta recibimiento de Mons. Augusto Hlond en Katowice (Alta Silesia).

En el boletín de Enero dábamos cuenta de la elección del salesiano Padre Hlond para Administrador Apostólico de la Alta Silesia Polaca, y hoy reseñamos su estrada triunfal en Katowice.

El 17 de Diciembre salía de Oswiecim en tren especial que la Dirección de los ferrocarriles de Katowice ponía galanamente a su disposición.

En todas las estaciones de tránsito de su jurisdicción eclesiástica, clero y pueblo salían a ofrecer sus respetos al enviado del Papa. En la de Myskowice le esperaba su anciana madre, llorando de alegría.

Pero donde la manifestación resultó grandiosa fué en Katowice, donde le esperaba la población en masa con clero y autoridades civiles. La estación estaba profusamente engalanada. Cuando el tren entró en agujas, la banda de música lo acogió a los acordes de la marcha polaca y el pueblo prorrumpió en vítores y aplausos. Entre las filas de



Mons. Augusto Hlond.

hombres y mujeres que llenaban las calles hasta la iglesia, Monseñor Hlond fué objeto de las cariñosas muestras de afecto de su pueblo. En la iglesia se leyeron las bulas pontificias y la pastoral, en lengua polaca y alemana, y a continuación tuvo su primer pontifical. El ministro de Estado de Polonia, más tarde Presidente y víctima de un atentado, ofreció un banquete en honor del Administrador Apostólico al que concurren el Arzobispo de Varsovia, Kakowski y todo el alto personal del Ministerio de Estado.

La Dieta autónoma de la Alta Silesia Polaca, le hizo entrega de un hermoso palacio donde se instalará provisoriamente la Curia.

Deseamos al nuevo Administrador Apostólico acierto y fecundo apostolado.

POR EL MUNDO SALESIANO

CÓRDOBA (España). — **Fiesta simpática: El día del niño de las Escuelas Salesianas.** — El dulce Rabí de Galilea, exclamó: ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

Los hombres que escucharon las santas palabras del Divino Redentor, sintieron el influjo maravilloso de aquella frase bendita y los niños pasaron y se pusieron al lado de Crisro.

Así los hijos, los discípulos de Don Bosco, llegaron a nuestra ciudad y dijeron: « Dejad que los niños se acerquen a nosotros ».

Y los niños, poco a poco, se fueron acercando a los buenos apóstoles.

Los niños de aquella época son ya hombres y todavía acuden gozosos y felices a la solariega casa donde recibieron sabias y doctas enseñanzas.

Ayer fué un día memorable en el mundo salesiano. Se conmemoraba el tercer centenario de San Francisco de Sales y una fiesta verdaderamente emotiva y simpática dejó en el corazón de los pequeños un eterno recuerdo.

Los PP. Salesianos, para celebrar el tercer centenario de su santo patrón, habían organizado un programa que constaba de dos partes.

Primera, visita al Prelado, y segunda, jira campestre.

En el Palacio Episcopal.

A las nueve de la mañana ya se habían congregado es los amplios patios del Colegio Salesiano casi todos los alumnos.

Perfectamente ordenados se pusieron en marcha, dirigiéndose al Palacio Episcopal para rendir un homenaje a nuestro insigne Prelado don Adolfo Pérez Muñoz.

A la cabeza de los pequeños marchaba la banda de tambores y cornetas del Colegio y en medio de los chicos un escolar llevaba la bandera salesiana como un glorioso trofeo.

En las calles que recorrieron los alumnos salesianos para dirigirse al Palacio Episcopal se aglomeraron muchas personas que elogiaban la presentación de los niños.

Los pequeños, acompañados de sus profesores y del director del Colegio don Sebastián María Pastor, penetraron en el Palacio Episcopal por la puerta principal de la calle de Torrijos.

Los pequeños se colocaron en un amplio patio del Palacio y desde los balcones del mismo el Prelado y las personas antes citadas presenciaron el homenaje que los alumnos salesianos rindieron al bondadoso Obispo de la Diócesis.

Primeramente los niños cantaron con mucha entonación un himno escolar.

Después el director del Colegio don Sebastián María Pastor, leyó unas cuartillas de salutación al Prelado.

Manifestó el digno director del Colegio Salesiano que el homenaje era de completa y absoluta sumisión y respetuoso acatamiento al legítimo Pastor de las almas de los cordobeses.

Seguidamente el niño Antonio Cuevas Cobo recitó de un modo admirable una bella poesía del religioso salesiano don Luís María Giles.

El Prelado mandó subir al niño, al que besó.

Después, todos los pequeños realizaron diversos ejercicios de gimnasia sueca.

Al terminar los ejercicios mencionados, tres alumnos de las escuelas de Don Bosco interpretaron un ingenioso propósito alusivo al acto, que fué muy celebrado.

Los pequeños terminaron su homenaje al Obispo cantando un himno a la Patria.

Seguidamente el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis dirigió la palabra a los niños.

Esta fiesta es la jura de la bandera de los Salesianos.

Vuestra bandera es la fe y si os escudáis siempre entre los pliegues de ese pabellón glorioso, no temáis a los Herodes que se atraviesen en vuestro camino.

En estos momentos daís gloria a Dios.

Mientras vosotros tenéis el alma pura y luminosa, hay muchos niños desventurados cuyos labios se manchan con las impiedades de la blasfemia, que tanto entristece el corazón de vuestro Obispo.

¡Hijos míos: que vuestros labios no se abran jamás para blasfemar!

En elocuentísimos períodos comparó a los niños humildes con Cristo, diciendo que ellos, como el Niño Jesús, tenían el lema de « Ora y trabaja ».

El Prelado continuó diciendo:

Niños buenos, sabed que en Córdoba hay un vivero donde florecen, donde germinan y fructifican las sabias doctrinas del santo Obispo de Ginebra San Francisco de Sales, padre de los pobres.

Vosotros, niños, que me escucháis, os estáis preparando en la Casa Salesiana para ser el orgullo de Córdoba.

El ilustre Prelado terminó su ferviente y sincero discurso, rogando a los niños que pidiesen a Dios que en nuestra ciudad aumente el número de Padres Salesianos y el de cooperadores de tan noble institución.

Una atronadora salva de aplausos ahogó las últimas palabras del Obispo.

Por las mejillas del amado Pastor de la Diócesis resbalaron dos lágrimas y todas las personas que habían escuchado su palabra evangélica se sintieron identificadas en un mismo sentimiento.

Después los niños, ordenadamente, salieron del

Palacio Episcopal por la puerta que da a la calle Amador de los Ríos.

Al salir, desfilaron todos los pequeñuelos ante el Prelado, besándole el anillo Pastoral.

Don Adolfo Pérez Muñoz obsequió a los pequeños discípulos de Don Bosco con mantecados y caramelos.

La fiesta resultó en extremo conmovedora y simpática.

Terminada la visita al Prelado, los alumnos de las Escuelas Salesianas se dirigieron a la Sierra, donde pasaron el resto del día.

Felicítamos a los religiosos salesianos por los hermosos actos de ayer y les damos las gracias por las atenciones que nos dispensaron.

(Del Diario de Córdoba).

SALAMANCA (España). — **La fiesta de la Unión la celebran con esplendor y entusiasmo los Antiguos Alumnos.** — La numerosa talange salmantina de antiguos alumnos salesianos, a la par que sus compañeros esparcidos por España, ha celebrado, con inusitada solemnidad la fiesta de su glorioso patrono, San Francisco de Sales, obispo de Ginebra.

La víspera.

En preparación a dicha fiesta, el día 3, a las siete y media de la noche, el reverendo padre don Bueaventura Roca, director del Colegio Salesiano de San Benito, y consiliario de la Unión, dió una conferencia apologético-social, sirviéndole de tema « La necesidad de la Religión católica en la actualidad ».

La fiesta.

Alboreó por fin el día anhelado, día de júbilo, día de recogijo y gozo para los miembros de tan simpática institución, que con tanto fervor se habían dispuesto a festejarlo.

Por la mañana, a las ocho, en la misa que celebró el reverendo padre Consiliario, y en la que fué ayudado por dos antiguos alumnos, todos los asociados recibieron la sagrada comunión, entonándose hermosos y escogidos motetes.

Este acto tal vez haya sido el que dió la nota de más consolador afecto; de más emocionante impresión.

¡Qué encantador! ¡Qué sublime! ¡Qué cuadro más admirable... ver a multitud de jóvenes prostrados en actitud devota, en aquella iglesia, donde de niños, tantas veces se postran..., acercarse fervorosos al altar a recibir el alimento aucarístico, el pan de vida; recordando aquellos inefables y dichosos tiempos de su infancia.

A continuación fueron atentamente invitados por el director todos los concurrentes a desayunar en el domicilio social, cuyo salón de recreo se hallaba artística y elegantemente engalanado.

A las diez y media, tuvo lugar la misa mayor, en la que ofició el muy ilustre señor doctor don José Artero, canónigo de esta Santa Iglesia Basílica actuando de diácono y subdiácono los presbíteros doctor don Miguel Moronta y don Fran-

cisco de Asís, respectivamente, y de maestro de ceremonias el reverendo padre Roca.

Ocupó la sagrada cátedra el reverendo señor doctor don Teodoro Andrés, catedrático de la Universidad.

Conocidas ya de la devoción salmantina las dotes privilegiadas de este eminente orador, huelga hacer elogio alguno del brillante y consumado panegírico que hizo del santo obispo, sorprendiéndole en las distintas fases de su preciosa vida, presentando admirablemente el paralelismo que existe entre San Francisco de Sales y el Venerable Juan Bosco, fundador de todas las instituciones salesianas.

Lo que debe constituir — dice — el lema de los antiguos alumnos salesianos es « buscar la luz de la verdad, para hacer fácil la práctica del bien »; pero la luz única, la luz de la verdad increada, que ilumine con resplandores de amor el camino a seguir para llegar a la meta del cristiano, para lograr el fin a que somos criados; para alcanzar el bien supremo.

Termina poniendo como modelo acabado que imitar, la virtud acrisolada del Santo que se festejaba.

La partitura de la misa del maestro L. Refice, a tres voces, fué magistralmente interpretada, por la « Schola cantorum » de antiguos alumnos.

El banquete.

A la una de la tarde y en los refectorios del colegio, se reunieron en fraternal banquete gran número de socios, pasando de setenta, bajo la presidencia de numerosas personalidades, socios protectores y la junta directiva.

El menú, selecto y variado, fué admirablemente servido por el justamente acreditado Hotel « El español ».

La comida se deslizó en medio de un ambiente de franca y fraternal cordialidad, finalizando con un hermoso brindis que, a petición de los comensales, pronunció el joven poeta y antiguo alumno don Benito Cobos, con los siguientes inspirados versos:

Que brinde me decís, y a la verdad,
es esto para mí muy grande honor.
Tomo, pues, en mis manos el licor,
y voy sin más rodeos a brindar.

Néctar embriagador y generoso,
lleva mi inspiración por buen camino,
presta calor a mi estro peregrino
para que salga de este trance airoso.

Brindo con ilusión, con alegría,
y me siento orgulloso en este ambiente
donde reina el amor que nunca miente
y todo es juventud, paz y armonía.

Pues al calor del fraternal cariño
que todos alentamos en el pecho,
nuestro sér, de gozar siente un derecho
lo mismo que gozaba cuando niño.

Vaya el primer saludo cariñoso
a nuestro Santo Patrono dirigido;
brindo, sí, por su nombre bendecido,
por su ideal sublime y de coloso.

Que circunde de lauros y de gloria
de nuestra unión la enseña tan querida,
que en su diestra la lleve enaltecida
y siempre airosa cantará victoria.

También para brindar mi copa se alza,
con gozo sin igual y con ardor
por nuestro venerable fundador,
cuyo genio sin par el mundo ensalza.

Con puro amor, en mi lenguaje tosco,
pronuncio su bendito y dulce nombre,
y admiro con pasión al gran prohombre,
al gran portento, al inmortal Don Bosco.

Que su labor, con todos sus encantos,
se extienda hasta los últimos lugares,
que pronto se venere en los altares
con la dulce aureola de los santos.

Brindo por la familia Salesiana
de quien siempre serán nues ros afectos,
brindo por sus hijos predilectos,
por su misión divina más que humana.

Brindo por nuestro amado director,
por nuestro digno y celoso presidente,
por la junta tan fiel y competente
y por el triunfo constante de la Unión.

Brindo también por los aquí presentes
por lo antiguos alumnos salesianos,
que más que compañeros son hermanos
para todos, mis votos más fervientes.

Y al terminar, dejad que mi emoción
que se siente inundada de alborozo,
apurando el licor, grite con gozo:
¡Viva nuestra bandera! ¡Nuestra unión!

El teatro.

A las siete de la tarde y tras una solemnísimas reserva, en la que velaron los antiguos alumnos, se celebró una soberbia función teatral, en obsequio de las familias de los socios.

El lindo salón de actos, primorosamente adornado con los colores nacionales y escudos, vióse completamente invadido de un escogido público, que acudió gozoso a aplaudir el grandioso programa sugestivo y en extremo interesante, que era como sigue:

1º Primer acto del chispeante y humorístico sainete en tres actos, del aplaudido señor Muñoz Seca, titulado « Los cuatro Robinsones ».

2º Proyección de una preciosa cinta americana, que agradó muchísimo.

3º El conocido barítono don Jesús Pedraz, cantó maravillosamente una romanza, siendo acompañado con el piano por el joven y competente profesor de música don Amalio Gracia; ambos antiguos alumnos fueron ovacionados calurosamente.

4º Segundo acto del sainete.

5º Proyección de otra película.

6º Tercer acto del sainete.

Los actores, geniales en su labor como siempre, se vieron premiados con una salva atronadora de calurosos aplausos, dando así digno remate a tan simpática fiesta.

¡Ilusión, juventud, amor y poesía...!

¡Día fausto y dulcemente memorable! Tu recuerdo perdurará por siempre en el alma de los que con tanto entusiasmo y cariño te festejaron.

Que tu radiante y esplendorosa aurora nazca siempre tan llena de venturas y de triunfos para la unión de antiguos alumnos salesianos.

SAN NICOLÁS DE LOS ARROYOS (Argentina). — Hermosa fiesta en el « Colegio Don Bosco ».

Nos escriben da San Nicolás de los Arroyos:

« Hermoso desde todo punto de vista resultó el festival ginnástico-musical realizado en el colegio Don Bosco, con motivo de celebrarse la solemne distribución de premios y clausura del año escolar. El patio, artísticamente embanderado con pabellones y gallardetes de diversas naciones, y los pórticos, con verdes guirnaldas y plantas, ofrecía un aspecto del todo encantador.

A las 16 llegaban el señor intendente municipal, Prof. Victor Gard, y el teniente general Pablo Peralta, presidente del consejo escolar, que debían presidir el acto. Este comenzó con la ejecución del himno nacional, que fué coreado no sólo por los alumnos, sino por toda la numerosísima concurrencia que llenaba por completo todos los siales preparados en los amplios pórticos del colegio. El discursito de ocasión, recitado con voz vibrante y clara por el alumno J. Bastorreckey, fué muy aplaudido. Las piezas musicales « El Saboyano » y « Yo soy Teodoro », bien interpretadas por los alumnos. A. Bo y J. Pastorino, cosecharon nutridos aplausos. Los coros « Los soldados de mi tierra » y « La Pilarica », cantados por los coros de alumnos internos, dignos de toda alabanza. Con la acostumbrada corrección, los números de ejercicios por la escuadra de ginnastas y exploradores, como impresionantes y conmovedoras las declamaciones « Al partir » y « Despedida al colegio ».

La nota llamativa fué la entrega del premio de honor, medalla de oro, donada por el señor intendente municipal al mejor alumno interno, y por el señor Pascual Subiza, diputado provincial, al mejor alumno externo. Nombrados los alumnos agraciados, F. M. Miquelarena y P. Parodi, fueron acompañados al palco oficial por el R. P. Director del colegio, para que los señores donantes exhibieran sobre los pechos de esos jóvenes las medallas, que dada su óptima conducta y constante aplicación, se habían hecho acreedores a tal recompensa, un estruendoso aplauso saludó a los jóvenes mencionados, a la vez que la banda del colegio prorrumpió en una entusiasta marcha, terminando de conmovier a los espectadores.

Acto seguido pronunció el intendente un elocuente discurso de felicitación a tales alumnos, exhortándoles a continuar por ruta tan acertada y animando a los demás alumnos a imitar a estos sus compañeros. Un aplauso fragoroso saludó las últimas palabras del señor Gard, y terminóse el acto con un general desfile de ginnastas y exploradores, que lucían sobre sus uniformes las medallas y premios conquistados, arrancando de la concurrencia delirantes aplausos.

Y al terminar estas líneas, queremos presentar nuestras felicitaciones muy sinceras al Director de este establecimiento, Pbro. Juan B. Gherra por tanta actividad desplegada en sus dos años de dirección y por el halagüeño resultado obtenido en este acto, que será de gratos recuerdos para cuantos hayan asistido.

PAYSANDÚ (Uruguay). — Un acto de heroísmo cuesta la vida al acólito salesiano Montiel. — En los cuarenta años que llevan de residencia en Paysandú los salesianos son ya innumerables los paseos campestres realizados a diversos parajes, ora a la cascada del Queguay, al Sacra, al paso de Almirón, a la boca del Queguay, San Francisco, etc., siendo ésta la primera vez que una nota trágica pone tan triste epiflogo a la alegre fiesta.

Acompañados siempre los alumnos por sus respectivos maestros, vigilados atenta y cariñosamente, no había motivo racional para temer desgracias de ningún género, y así transcurrían y terminaban esas fiestas que son tradicionales en los colegios salesianos, dentro de la mayor alegría y contento.

Hoy, un hecho intensamente doloroso ha interrumpido la feliz tradición de esos paseos que todos los ex-alumnos de los salesianos recuerdan gratamente.

Caminaba el acólito Montiel a la vera del río acompañado de ocho niños, menores de doce años.

Debió caer uno al agua, y con mala fortuna en una especie de pozo. El acólito Montiel se lanzó al agua, vestido como estaba, para arrancar al río la inocente presa, lo que consiguió con grande esfuerzo. Pero durante el salvamento, otro niño, creyendo poder ayudarles, porque sabía nadar, se echó también al agua. Envuelto en el remolino, forcejeaba en vano por ganar la orilla y en su ayuda acudió el heroico acólito. Fuera porque el niño lo abrazara, impidiéndole todo movimiento, o porque exhausto de fuerzas no pudiera vencer la corriente, el hecho es que con el consiguiente espanto de los demás niños, desaparecía debajo de las aguas con el discípulo.

El niño contaba apenas doce años y era aventajado discípulo del Colegio Salesiano, y muy apreciado por sus buenas prendas.

El acólito tenía 22 años y estaba en vísperas de partir para el estudiantado teológico internacional que los Salesianos tienen en Turin. En distintas ocasiones había dado pruebas de la integridad de su carácter y de las virtudes que atesoraba su alma juvenil.

El sepelio de las víctimas dió lugar a una grandiosa manifestación de duelo que comentaba con admiración la nobleza del niño y la abnegación heroica del maestro.

LOS QUE MUEREN

D. Joaquín Ramírez C.

El día 5 del pasado diciembre, moría con la paz de los justos, en Heredia, Costa Rica, el caballero católico D. Joaquín Ramírez C., gran admirador de D. Bosco y bienhechor de la Obra Salesiana. En el lecho del dolor, y pocos días antes de su muerte, entregaba su última limosna al Padre Salesiano que le visitaba, para que la empleara según intenciones que no quiso se hicieran públicas.

Los niños rogaron durante una semana por él, y los salesianos lo recordarán siempre delante de Dios.

Descanse en paz el ilustre bienhechor.

Otros Cooperadores difuntos.

Barcelona (España). — D. Alberto Augé; D. Alfredo Wiederkehr; Dña. Alejandrina Sales; Dña Ana Colomer; D. Federico Pradó; D. Felipe Blanch; Dña. Josefa Gualba; Excmo. Sra. Marquesa de Villarnazar; Dña. Ramona Coletes; Dña. Rosa Maristany; Exmo. Sr. D. Vicente Caballero.

Barajas de Melo (España). — Dña. Leonarda González.

Cuenca (España). — Excmo. Sr. Obispo Dr. D. Wenceslao Sangüesa; Sra. Dña. Josefa de Anza; Dña. Josefa González.

Gerona (España). — Dña. Carmen Puig de la Bellacasa y Rosés; Dña. Isabel Rosés y Roig, Vda. de Puig; Rdo. Sr. D. Martín Xiberta Serradell; M. I. Sr. Dr. D. Joaquín Gou Solá, Canónigo de la S. I. Catedral de Gerona.

Molina de Aragón (España). — Dña. Ana Escolano; D. Alfonso Arariz.

Africa — D. Félix Arenas; D. Francisco Arenas.
Tondos (España). — Dña. Felipa Higuera y D. Valentín Palomero.

Valdecolmenas de Abajo (España). — Nicomedes de las Heras, Manuela Martínez y Encarnación Arias.

Vega de perros (España). — Rdo. Sr. D. Hilario Laburdiba, Párroco.

Buenos Aires (Argentina). — D. Guillermo Calandu.

S. Nicolás (Buenos Aires). — D. Domingo Bo; Dña. Margarita G. de Clerici.

Mercedes (Buenos Aires). — Dr. D. José Paolucci.

Opera novissima juxta novum Codicem Juris Canonici

Theologia dogmatica, moralis, mystica, pastoralis.

- RACCA Sac. PETRUS. — *Theologiae moralis synopsis*. Breve opus ex sapientissimis scriptoribus de Re Morali eductum et ad normam novi codicis juris Canonici exaratum: Libellae 12,50. Apud exteros: libellae 17,50.
- MAZZELLA HOR. Archiep. Tarentinus. — *Praelectiones Scholastico-dogmaticae* breviori cursui accomodatae. Editio quinta recognita et aucta.
- Vol. I. — *Tractatus de vera Religione, de Scriptura, de Traditione et de Ecclesia Christi*. Libellae 25. — Apud exteros: libellae 35.
- Vol. II. — *Tractatus de Deo Uno ac Trino et de Deo Creante*: Libellae 25. — Apud exteros: libellae 35.
- Vol. III. — *Tractatus de Verbo Incarnato, de Gratia Christi et de Virtutibus infusus*: Libellae 25. — Apud exteros: libellae 35.
- Vol. IV. — *Tractatus de Sacramentis et de Novissimis*: Libellae 25. — Apud exteros: lib. 35.
- SEBASTIANI Sac. NICOLAUS S. Theol. et utriusque iuris Doctor, Cancellarius a Brevibus Apostolicis Pii PP. XI. — *Summarium Theologiae moralis* ad codicem Juris Canonici accomodatum cum luculentissimo indice analytico:
- Editio quinta maior (1920). In-8 max.: Libellae 9,50. — Apud exteros: Libellae 13,50.
- Editio sexta minor-manualis. In-24° (cm. 9x15) charta indica pondere minimo, pag. 650. Linteo contexta: Libellae 14,50. — Apud exteros: libellae 20.
- NAVAL P. FRANCISCUS Missionarii Filiis S. Cordis B. V. Mariae. — *Theologiae asceticae et Mysticae cursus*, ad usum Seminariorum, Institutorum religiosorum, clericorum, necnon Moderatorum animarum. Prima versio latina ab auctore recognita et adprobata: Libellae 8,50. — Apud exteros: libellae 12.
- EXERETO P. JOSEPH M. Ord. Capp. — *Compendium Theologiae Moralis* juxta novum codicem Juris Canonici. Editio II, 1920: Libellae 7. — Apud exteros: libellae 10.
- GARRIGOU-LAGRANGE Fr. REGIN. O. P. — *Theologia fundamentalis secundum S. Thomae doctrinam*. Pars apologetica: *De Revelatione per Ecclesiam catholicam* proposita. Editio 1921 emendata. — Opus juxta S. P. Benedicti XV optata sacrae praesertim juventuti commendatum: Libellae 45. — Apud exteros: libellae 63.
- CAPPELLO Sac. FELIX S. J. — *Tractatus canonico-moralis De Sacramentis*, juxta codicem juris canonici: Vol. I. *De Sacramentis in genere* (De Baptismo, Confirmatione et Eucharistia). 1921: Libellae 20. — Apud exteros: libellae 28.
- CARBONE Sac. C. Theologiae et juris canonici Doctor, in Seminario Regionali Apulo-Lucano, Theologiae Dogm. et Sacrae Eloquentiae Magister. — *Examen Confessariorum ad Codicem Juris Canonici normam concinnatum*: Libellae 12,50 — Apud exteros: libellae 17,50.
- MUNERATI Sac. DANTIS. — *Prontuarium pro ordinandis et confessionis examinandis*: Libellae 4,50. — Apud exteras nationes: libellae 6,30.
- ANTONELLI Sac. JOSEPH. — *Medicina pastoralis in usum confessariorum et curiarum ecclesiasticarum*. Editio quarta in pluribus aucta. Accedunt 94 figurae et 25 tabulae anatomicae coloratae. 3 vol.: Libellae 60. — Apud exteras nationes: libellae 84.
- CHELODI Sac. JOANNES. — *Jus matrimoniale juxta codicem Juris Canonici*: Libellae 6,50. — Apud exteras nationes: libellae 9.
- PIGHI Sac. J. BAPT. — *Cursus theologiae moralis ad usum scholarum theologiarum*. Editio tertia ad canones codicis ex integro redacta. Opus in vol. quatuor in-8° max. distributum 1921: Libellae 30. — Apud exteros: libellae 42.
- *De Sacramento Matrimonii*. Tractatio canonico-moralis ad normam codicis redacta: Libellae 4,50. — Apud exteros: libellae 6,30.
- S. ALPH. M. DE LIGORIO. — *Theologia moralis*. Editio nova cum antiquis editionibus diligenter collata; in singulis auctorum allegationibus recognita notisque criticis et commentariis illustrata cura et studio P. Leonardi Gaudé e Congr. Ssmi Redemptoris, 4 vol. paginis 3200. In-4°, charta manufacta: Libellae 75. — Apud exteros: libellae 105.
- P. GEMELLI AUG. O. F. M. — *De Scrupulis*. Psycho-pathologiae specimen in usum confessariorum: Libellae 12,50. — Apud exteros: libellae 17,50.

Sac. Prof. A. M. MICHELETTI

Emeritus vice-praeses et Paedagogiae Ecclesiasticae lector in Pontificio Collegio Apostolico Leoniano de Urbe, Consultor S. C. Seminariorum et Universitatum Studiorum.

1) **Commentarium in S. C. EE. et RR. Decretum et Normas pro reformatione Seminariorum, cum supplemento 1918, continente omnia quae, juxta Novum Codicem Juris Canonici, ad opus referuntur:**

Pars I. *De ratione Pietatis in Sacris Seminariis.*

Pars II. *De ratione Studiorum in Sacris Seminariis.*

Pars III. *De ratione Disciplinae in Sacris Seminariis.*

Libellae 15,50. — Apud exteros: libellae 22.

2) **De Pastore animarum.** Enchiridion asceticum, canonicum, liturgicum ac Regiminis juxta recentissimas RR. PP. Constit. ac S. RR. Congr. novissimas Leges digestum. Vol. cum documentis ac paradigmatis juxta nuperimas S. RR. Congregationis declarationes et decreta exaratis, cum supplemento 1919, continente omnia quae juxta Novum Codicem Juris Canonici ad opus referuntur: Libellae 14. — Apud exteros: libellae 20.

3) **Summula Theologiae Pastoralis juxta recentiora Apost. Sedis documenta legesque digesta, necnon hodiernis necessitatibus ac Scholis accommodata.** Cum supplemento a. 1919, continente omnia quae juxta Novum Codicem Juris canonici ad opus referuntur: Libellae 10. — Apud exteros: libellae 14.

4) **De regimine ecclesiastico religiosorum necnon Seminariorum ad mentem S. Gregorii Magni, S. Ignatii Loyolensis et S. Caroli Borromaei, aliorumque SS. Patrum et Ecclesiae Doctorum, necnon Summorum Pontificum recentiorum.** Summula praelectionum habitaram in Pontificio Collegio Apostolico Leoniano in Urbe (Nihil in hoc Volumine « De regimine » est innovandum, quam-

vis Novus Codex Juris Can. editus sit): Libellae 15. — Apud exteros: libellae 21.

5) **De Superiore communitatum Religiosarum, Manuale asceticum, canonicum ac regiminis.** Editio cum supplemento 1919, continente omnia quae juxta Novum Codicem Juris Canonici ad opus referuntur: Libellae 10,50. — Apud exteros: libellae 14,50.

6) **De Rectore Seminariorum Clericalium.** Manuale canonicum paedagogicum ad mentem S. Caroli Borromaei, Summorum Pontificum ac SS. RR. Congregat. recentiorum decretorum digestum. Praelectionum paedagogiae ecclesiasticae specialis in Collegio Apostolico Leoniano in Urbe habitaram. Editio cum supplemento 1919, continente omnia quae juxta Novum Codicem Juris canonici ad opus referuntur: Libellae 7. — Apud exteros libellae 10.

7) **Jus Pianum.** Synopsis chronologica argumentorum, analytico-synthetica, alphabetica, gentium, locorum ac personarum ad acta et decreta a SS. D. N. Pio X P.M. in primo Sacri Principatus Eius decennio lata, vel a SS. RR. Congregationibus, Officiis ac Tribunalibus promulgata: Libellae: 16. — Apud exteros: libellae 22.

8) **Constitutiones Seminariorum Clericalium ex Codice-Piano-Benedictino omnium gentium Sacris Institutis accommodatae.** Ed. 1919: Libellae 15. — Apud exteros: libellae 21.

9) **Jus religiosorum ex Codice Novissimo eiusque authenticis interpretationibus ordine alphabetico-analytico digestum.** In-32. Editio 1921. Pag. 590. Charta indica, rubro et nigro impressa. Contacta linteo: Libellae 11. — Apud exteros: libellae 15,50.

Florilegium Hieronymianum anno MD a Maximi Doctoris obitu recensuit adnotationibus auxit Angelus Ficarra praefatus est Felix Ramorinus curavit Pia Societas et S. Hieronymo nuncupata evangelii italice pervulgandis: Libellae 10. — Apud exteros: libellae 14.

BOLETÍN SALESIANO

Redacción y Administración: Via Cottolengo, 32 - TURIN.